

TALLER
DE
ENCUADERNACIONES
DE
JOSE SOLER
Union,
TARRAGONA

49586

120.50

4

COLOSI

LAM

cr.

R. 16. B

CRISTÓBAL COLÓN

CRISTÓBAL COLÓN.

CRISTÓBAL COLÓN.

URBANO MANINI, EDITOR

Registro N° 34408

BIBLIOTECA
SEDE IBEROAMERICANA
UNIA

CRISTÓBAL COLON

DESCUBRIMIENTO DE LAS AMÉRICAS.

POR

M. Alfonso de Camartine.

ARREGLADO LIBREMENTE AL ESPAÑOL.



Tomo II.

ADMINISTRACION

CALLE DE SAN BERNARDO, NÚMERO 11.

MADRID:—1868.

URBANO MANINI, EDITOR

Deposito N. 3447

Deposito N. 3447
DEPOSITO N. 3447
DEPOSITO N. 3447

CRISTÓBAL COLÓN

DESCUBRIMIENTO DE LAS AMÉRICAS

Esta obra es propiedad de D. Urbano Manini, y nadie sin su consentimiento podrá reimprimirla ni traducirla.

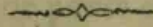
Queda hecho el depósito que marca la ley.

TOMO II

Imp. del Norte, á cargo de C. Moro, calle de D. Martín, barrio de Argüelles.

PARTE SEGUNDA.

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA.



Capítulo I.

Lo desconocido.

No constituye la historia que vamos refiriendo á nuestros lectores una de esas novelas de interés y de enredo, en las que pudiendo el autor inventar los personajes mas importantes, y enlazarlos unos con otros resultan infinitas peripecias que mantienen viva la ansiedad del lector y le hacen llegar desde la primera página á la última sin abandonar el libro de sus manos.

Nuestro propósito al bosquejar la figura del inmortal Colón con el soberano pincel de Lamartine, y

al seguirle paso á paso poniendo en accion todos los acontecimientos de su vida por nuestra propia cuenta, no es exclusivamente entretener á los lectores, sino hacerles asistir á todos los momentos de la interesante vida del gran descubridor del Nuevo Mundo, para que puedan no sólo comprender su portentoso descubrimiento, sino apreciar las circunstancias que precedieron y acompañaron á la conquista de las Américas; y cuanto pudiéramos fingir sobre este punto, sería inferior á la misma verdad.

II.

Por más que con este sistema parezca monótono nuestro relato, no tenemos más remedio que seguir paso á paso á Colon y recibir con él las impresiones, que recibió en su primer viaje hácia lo que él y sus compañeros suponian que eran las Indias.

Tiempo tendremos de distraer la imaginacion de nuestros lectores con la narracion de las costumbres y de los episodios de los habitantes de las nuevas tierras en dónde iba á penetrar la luz de la civilizacion bajo la forma del cristianismo, y mientras llegamos á visitar los pintorescos paisages, las espumosas cascadas, los caudalosos rios, en una palabra, todos los detalles de aquel país virgen y fecundo en maravillas, acompañemos á Colon en su expedicion esploradora, para no perder un sólo latido de su corazon en aquella arriesgada empresa.

.III.

Inmenso era el valor de aquel hombre y grande el prestigio que tenía á los ojos de los que le seguían.

¿Puede darse más atrevida empresa que la de entregarse á una frágil tabla para recorrer las inmensidades del mar sin rumbo fijo, por una senda erizada de escollos y sin más porvenir que lo desconocido, ese terrible é insondable abismo que lucha con el gé- nio y le aniquila la mayor parte de las veces?

Pero Colon habia logrado transmitir su fé á los que le acompañaban, y todos anhelosos, salieron de la barra de Saltes el viernes 3 de agosto de 1492, á las ocho de la mañana, después de haber cumplido todos sus deberes de cristianos.

.IV.

Gran conocedor de los hombres, Colon se propuso ocultarles parte de la distancia que andaban diariamente, por si acaso tardaba mucho tiempo en hallar tierras, y su paciencia se acababa.

Durante todo el dia anduvieron las embarcaciones hácia el Sur sesenta millas ó sean quince leguas. (1)

El rumbo que llevaban era hácia Canarias.

(1) Colon usaba millas italianas de mayor estension que las españolas, puesto que cuatro de aquellas equivalen á tres y estas á la medida de una legua.

V.

Los dos dias siguientes no ocurrió nada de particular en la espedicion.

El camino que seguian era conocido, y todavía no habia empezado á apoderarse de su almà la zozobra.

El dia 6 ocurrió un accidente.

El timon de la carabela *Pinta*, mandada por Martin Alonso Pinzon, se rompió.

VI.

Apenas se informó de este suceso el almirante, se trasladó á la carabela, y comprendió desde luego cuál era la causa de aquel siniestro.

Aunque convencidos y entusiasmados por el lenguaje de Colon, Gomez Rascon y Cristóbal Quintero, dueños de la carabela, en el momento de partir, sintieron en extremo haberse dejado dominar por la elocuencia del almirante; durante los dos dias de viaje que llevaban habian reflexionado, y querian á toda costa detener su marcha.

VII.

De acuerdo aquellos dos hombres idearon un medio de que la embarcacion no pudiera continnar el viaje, mas que por otra causa por quedarse en Canarias; y aprovechándose de la oscuridad de la noche y

de un momento en que Martin Alonso Pinzon estaba distraído, hicieron lo posible para inutilizar el timon.

VIII.

Aquel golpe era terrible, porque no era posible que la embarcacion continuase el camino, y si tenia que quedarse el almirante al principio de él, sin Martin Alonso Pinzon con cuyo esfuerzo y pericia contaba sobremañera, se privaba de uno de sus mas importantes servidores.

No tardó en comprender que Rascon y Quintero habian sido los autores de aquella felonía, y para castigarlos los mandó conducir á su nave, considerándolos allí como sus prisioneros.

Arreglóse el timon de la mejor manera posible, y pudo llegar hasta la isla de Lanzarote, no sin que ántes hubiera grandes discusiones entre los pilotos de las tres carabelas del almirante acerca de la situacion que ocupaban y de la distancia á que se hallaban de la isla de la Gran Canaria.

Viendo que era imposible que *La Pinta* pudiese acompañar á las otras dos carabelas, resolvió Colon llegar hasta la Gran Canaria para cambiarla allí por

otra embarcacion en buen estado, y hacer que la mandase Martin Alonso Pinzon, de cuyos servicios no queria privarse.

XI.

El domingo 9 por la noche llegaron á la vista de la Gomera, y por mandato del almirante se quedó en aquella costa Martin Alonso Pinzon.

Poco después dispuso Colon tocar en Tenerife.

Allí permanecieron algunos dias mientras se arreglaba la embarcacion, y después volvieron á la Gomera.

XII.

El 2 de setiembre estaban las tres embarcaciones en estado de continuar de nuevo su interrumpido viaje.

La llegada de aquellos intrépidos marinos produjo gran sensacion en la Gomera, donde á la sazón gobernaba aquella isla Doña Inés Peraza, madre de Guillén Peraza, que fué después el primer conde de la Gomera.

XIII.

Enterados de los deseos y de las aspiraciones de Colon, le dijeron los habitantes de la Gomera que todos los años veian tierra al Oeste de las Canarias, lo cual no estrañó Colon, porque estando en Portugal habia hablado con un marino que desde la isla de la

Madera habia ido á Lisboa á pedir al rey auxilios para explorar la tierra que veia desde las islas Azores, y habia manifestado lo mismo.

Obsequiados por sus compatriotas y provistos de víveres, se despidieron de ellos el jueves 6 de setiembre para continuar su viaje.

XIV.

Un nuevo contratiempo surgió, y puse en gran aprieto al almirante.

Por una carabela procedente de la isla de Hierro, supo que tres embarcaciones de Portugal andaban por aquellas aguas acechando la llegada de los buques de Colon, con el objeto de destruirlos:

XV.

El rey de Portugal, disgustado porque Colon habia desechado sus proposiciones, y envidioso de que el ilustre genovés pudiese conquistar para el reino de España la gloria que en otro tiempo le habia ofrecido, mandó aquellas galeras con el objeto de que interrumpieran su viaje, y si era posible, le aprisionasen y le llevasen á Lisboa.

Gracias á la precaucion de Colon, esta tentativa fué estéril.

XVI.

Aprovechando la calma, permaneció dos dias entre

la Gomera y Tenerife, y cuando comenzó á soplar el viento, tomó el rumbo hácia el Oeste, y se libró de la persecucion de sus enemigos.

El desaliento de la tripulacion empezó á notarse. Parecia que costaba trabajo á los marineros separarse de aquellas aguas conocidas, y Colon, que vigilaba todos sus actos, que los exhortaba á todas horas, que los animaba á cada instante, tenia en muchas ocasiones que guiar el timon por sí propio, para que la marcha no fuera tan lenta como querian los marineros.

XVII.

De pronto se aumentó el temor de aquellos navegantes.

El volcan del pico de Tenerife se inflamó, los rayos que lanzaba de su candente seno se reflejaban siniestramente en el mar.

Los marineros creian ver en aquellas llamas la espada de fuego del ángel que arrojó al hombre del Eden, y se figuraban que se levantaba enfrente de ellos para impedirles avanzar por los mares desconocidos.

XVIII.

El almirante tuvo que visitar las tres embarcaciones para disipar el pánico que se habia apoderado de su gente y explicar á aquellos hombres ignorantes las leyes fisicas de aquel fenómeno.

Peró cuando perdieron de vista el pico de Tene-

rife, se apoderó de su espíritu tanta tristeza como temor les habían infundido sus llamas.

Parecíales aquella luz el límite, el último faro del universo, y al perderle de vista, se creyeron como separados de la tierra para navegar en el éter de otro planeta, y cayeron en una dolorosa postracion.

XIX.

Ocho dias navegaron las carabelas sin ver más horizonte que el mar y el cielo que se unian en todos los confines á su vista.

XX.

Por fin, el dia 11 de setiembre los marineros de la *Niña* vieron dos aves llamadas una *garjao* y otra *rabo de junco*, las cuales, en concepto de muchos, eran indicio de que se hallaban cerca de tierra, puesto que estas aves nunca se apartan de ella más de veinte ó veinticinco leguas.

XXI.

En la noche del 12 de setiembre vieron caer del cielo un maravilloso ramo de fuego, como á unas cuatro ó cinco leguas del sitio en donde estaban.

A aquella altura empezaron á experimentar unos aires tan templados, que les hacian recordar las mañanas de abril y mayo en Andalucía.

Y para mayor contento suyo, puesto que su único afán era encontrar pronto tierra, empezaron á ver sobre el agua algunas manchas que parecian de yerba verde.

XXII.

—Sin duda nos acercamos á tierra firme,—decia Velez de Mendoza á Colon paseándose sobre la cubierta de la *Santa María*.

—¿En qué os fundais para creerlo?

—En esa porcion de yerba que arrastran las olas del mar.

—En efecto; indican la proximidad de tierra; pero no de tierra firme: sin duda estamos próximos á alguna isla.

XXIII.

Al dia siguiente vieron mayor cantidad de alga que las olas arrastraban desde Poniente.

Por la noche observó Colon las variaciones de la aguja de marear, fenómeno completamente desconocido entónces.

Descubrió que la aguja en vez de señalar á la estrella del Norte, se inclinaba unos cinco ó seis puntos al Noroeste.

Admirado de esto continuó haciendo observaciones y se convenció de que la variacion aumentaba á medida que avanzaba en su marcha.

Comprendiendo cuán dispuestos á alarmarse estaban sus compañeros, les ocultó sus observaciones, pero los pilotos á su vez consultaron las agujas, y no pudiendo explicarse lo que pasaba, cayeron en una profunda consternacion.

Temian que perdiese la aguja su misteriosa virtud y unos á otros se preguntaban

—Qué vá á ser de nosotros sin rumbo fijo en medio del vasto y solitario Océano que nos rodea.

XXV.

XXVII.

Su pesadumbre no tardó en comunicarse á los marineros, que estaban acostumbrados á leer en sus ojos las esperanzas ó las dudas que abrigaban acerca del feliz término del viaje.

Conociendo Colon la mala impresion que habia hecho en los pilotos el exámen de las agujas, puso su ciencia en tortura para buscar los medios de calmar el terror de su gente.

—Nada temais,—les dijo,—la aguja no apunta exactamente á la estrella polar, sino á un punto fijo é invisible. No es falacia de la aguja la variacion, sino el movimiento de la estrella misma, que como los demás cuerpos celestes, sufre cambios y revoluciones describiendo cada dia un círculo al rededor del polo.

Su original é ingeniosa teoria, en una época en la

que era desconocido el sistema solar de Copérnico, fué considerada como de gran peso por los pilotos que se tranquilizaron, y comunicaron su tranquilidad á los marineros.

XXVI.

El fenómeno es en nuestros dias conocido; su causa aún permanece oculta.

Es uno de los grandes misterios de la naturaleza, sencillo en la apariencia, pero impenetrable.

— La ciencia baja la frente ante él. —

La soberbia del hombre se estrella en la inquebrantable barrera con que lo defiende la Providencia.

XXVII.

Poco después de amanecer el dia 15, vieron que las yerbas se aumentaban y que parecian yerbas de rio, tanto más, cuanto que hallaron en una porcion de ellas, y cogieron un cangrejo vivo.

El agua del mar era ménos salada, los aires más suaves, y estos indicios devolvieron la calma y la alegría á los tripulantes, estableciéndose entre las tres carabelas una especie de compêtenca para ver cuál era la que avanzaba más en aquel camino á la ventura.

XXVIII.

— Ved esas aves que revolotean en torno de las velas, — dijo á Colon el piloto de la *Santa Maria*. —
¿No son toninas?

—Sí por cierto,—contestó el almirante.

Poco después oyó una detonación.

Uno de los marineros de la *Niña* había disparado su mosquete y había muerto á uno de aquellos pájaros.

XXIX.

En medio de la inmensidad del mar, cuando se avanza sobre el abismo con el deseo de hallar el puerto salvador, lo que pasaria desapercibido para los hombres observadores en la tierra, es un gran acontecimiento para los marinos.

XXX.

El exámen de las algas que arrastraban las olas en su magestuosa carrera, la observacion de los pájaros que cruzaban el espacio ó revoloteaban en torno de las velas de las embarcaciones, aprovechando algun momento para posarse sobre las galerías de los buques y arrebatarse á los marineros los desperdicios de las provisiones, tenian que ser necesariamente las ocupaciones más importantes de aquellos hombres que caminaban al acaso, y que no teniendo pruebas ni seguridad de hallar tierra, necesitaban al ménos tener indicios.

XXXI.

Colón, práctico ya en la vida del mar, satisfacía

la curiosidad de sus compañeros con sus esplicaciones, y calmaba su zozobra con el lenguaje de la más profunda convicción.

XXXII.

LXXX

—Ved á lo léjos un ave blanca como la que vimos hace dos ó tres dias exclamó Velez. ¿No nos dijisteis que era un *rabo de junco*?

—Sí por cierto,—contestó Colon á su interrogador, y esto me prueba que no estamos muy léjos de tierra, porque ese pájaro no duerme nunca en el mar.

Martin Alonso, que dirigia la *Pinta*, carabela velera como pocas, envió en 18 de setiembre un aviso en su lancha á la embarcacion almirante, diciendo al jefe de la expedicion, que habia visto gran multitud de aves dirigirse hácia el Poniente, y que teniendo proporcion de avanzar más que las otras carabelas, estaba seguro de que aquella misma noche veria tierra.

Las naos se aproximaban á unas rompientes que habia hácia el Oeste; pero de las que aun se hallaba á bastante distancia.

XXXIII.

Un nuevo pájaro que Colon designa en sus Memorias con el nombre de *alcatraz*, acudió á visitarlos al dia siguiente.

Por la tarde vieron otro, y la aproximacion de

estas eves al mismo tiempo que unos llovizneros sin viento, le demostraron que se aproximaban rápidamente á la tierra.

Sin embargo, por si se engañaba ó por si la tierra que parecia era sólo alguna isla, no quiso fomentar la esperanza en sus marineros que, más que la gloria y las riquezas que habian ido á buscar, deseaban hallar tierra, porque temian verse condenados á morir en el seno del mar.

XXXIV.

Colon habia obrado cuerdate, porque la tierra que anunciaban las yerbas y las ayes, no eran más que algunas islas de escasa importancia.

Pero como el deseo de Colon era seguir siempre hácia adelante á encontrar el derrotero de las Indias y el tiempo era á propósito para caminar, arengó á su gente y consiguió, animando sus esperanzas, que prosiguiesen adelante.

XXXV.

A la sazón se hallaba la *Niña* á cuatrocientas cuarenta leguas de las Canarias, la *Pinta* á cuatrocientas veinte y á cuatrocientas justas la *Santa Maria*.

Los alcatraces continuaron visitando las carabelas. Volvieron á ver yerba, y tendiendo un lazo á uno de los pájaros que no parecia querer abandonar la embarcacion de Colon, lograron apoderarse de él.

Era pájaro de río. Sus pies se parecían á los de la gabiota.

Lo conservaron, y al amanecer del día siguiente

llegaron dos ó tres pajarillos de tierra, que desaparecieron apenas alumbró el sol en toda su plenitud.

XXXVI.

Más de cincuenta dias de viaje llevaban, y la pa-

ciencia de los tripulantes empezaba á tocar á su término.

¡Cincuenta dias en medio de la inmensidad del Océano; cincuenta dias de duda y de esperanza con el tiempo suficiente para reflexionar todos en su pasado, en su porvenir, en las afecciones que habian dejado en tierra. Sólo veian como término de aquella expedicion, un ignorado sepulcro!

XXXVII.

Que Colon no se intimidase ante el peligro; que su constancia no se amenguara en lo más mínimo, fácilmente se comprende.

Llevaba en su mente el pensamiento de una gran empresa que iba á realizar; como ninguno de los que le acompañaban comprendia la gloria que alcanzaria para su nombre y la fortuna que conseguiria obtener para sus hijos, si realizaba sus designios, aun cuando el peligro que corria se apareciese á sus ojos mayor aun que á los de los marineros, podia pesar en un lado

la grandeza del triunfo, en el otro lo horroroso de la derrota, y tener ánimos para seguir adelante.

Pero aquellas pobres gentes, acostumbrados los unos á entregarse al culto del vicio, los otros á una vida activa y laboriosa, no podian conformarse con aquella existencia aislada, y creian que se les arrastraba en busca de un fantasma que podria convertirse para ellos en un verdadero ángel exterminador, con su espada de fuego saliendo desde el seno de las aguas á castigar su audácia y su ambicion.

XXXVIII.

En diferentes ocasiones habian manifestado los que le acompañaban su temor, sus dudas, pero Colon habia encontrado el medio de renovar el entusiasmo en su abatido espíritu.

¡Sublime ejemplo de energía, de constancia!

Ah! sí, figuraos por un instante á aquel hombre tan trabajado ya en las córtes de Portugal y de España, á un hombre que tantos desengaños habia sufrido, figuráosle repito, realizando su empresa con zozobra y temor tambien, por más que le alentara la esperanza; pero teniendo que ocultar á todos los que le acompañaban sus temores porque si veian que decaian sus fuerzas, le obligarian á retroceder ó podrian, aconsejados por la ira, y la venganza, rebelarse contra él y malograr su empresa.

Porque ir con rumbo fijo á través de los mares; arrostrar las tempestades y las inclemencias en un

punto distante de la tierra, requiere gran valor, pero es empresa fácil.

No lo es tanto avanzar sin rumbo fijo, sin esperanza cierta, y esto es lo que hacia Colon, y esto es lo que obligaba á hacer á los que le acompañaban.

XXXIX.

El ardid que habia puesto en práctica Colon para hacer creer á los suyos que el viaje era mas corto de lo que era en realidad, puesto que sustraia todos los dias al dar cuenta á su gente de lo que habian andado algunas leguas, empezaba á ser infructuoso.

Hasta entónces los vientos habian sido favorables

Pero llegó un dia de calma.

XL.

Las tres carabelas parecian estacionadas en un mismo punto, y en aquel dia empezó á verse de una manera clara y amenazadora la actitud de despecho en que se hallaban los compañeros de Colon.

El gran hombre estaba á punto de perder todo su prestigio.

El gran hombre estaba á punto de perder todo su prestigio.

El gran hombre estaba á punto de perder todo su prestigio.

III

Capítulo II.

A través del Océano.

I.

El 21 de setiembre comenzó la calma.

Las tres carabelas estaban á muy poca distancia unas de otras.

La tierra que creían próxima estaba aun muy léjos.

El descontento fué mayor que nunca.

II.

—¿En dónde nos hemos metido?—decían unos.

—Hemos llegado á un sitio del que no podremos salir á no ser para morir en el fondo del mar!

—Las olas nos combaten por todas partes, pero unas nos empujan y otras nos rechazan.

—¿En mal hora hemos salido de Palos!

—Más nos hubiera valido morir á manos del ver-

dugo,—decían los que se hallaban disfrutando de la vida por haberse alistado en la expedición.

III.

Las murmuraciones se aumentaban.

Las provisiones empezaban á escasear, y era tan grande el mal humor de todos, que hasta encontraban detestables los alimentos que los días anteriores les habian parecido muy buenos.

IV.

Colón veía formarse la tempestad, no sobre su cabeza, sino bajo sus piés que era peor todavía, y evitaba la presencia de los marineros, por temor de que su voz no fuese entonces tan elocuente como habia sido antes.

Afortunadamente á la caída de la tarde sopló un poco el Oeste, y las naves anduvieron un buen trecho descubriendo los navegantes una gran cantidad de yerba muy compacta.

Un poco más léjos hallaron un delfín y esto les tranquilizó algo porque era señal de que estaban cerca de tierra.

V.

Las carabelas se hallaban á cuatro leguas de distancia de las rompientes que ántes he mencionado.

Al día siguiente volvieron á experimentar cal-

ma, y los murmuradores se atrevieron á acercarse á Colon.

VI.

—Más nos valdria, almirante,—le dijeron—renunciar á las riquezas y á los honores que nos han traído hasta aquí y volvernós á España.

Antes de que Colon les respondiese

—Es inutil vuestro deseo,—contestó Rascon—hemos llegado á un punto dónde no hallaremos nunca viento favorable para volver á nuestra pátria.

—No quiero ni acordarme de que os he oído hablar de ese modo,—dijo Colon;—¿sois vosotros marinos, hombres de corazon, los que os atreveis á venir hasta mí con la pusilanimidad de las mujeres, deseosos de retroceder? ¿No es mejor morir con gloria que perecer como cobardes? ¿Qué dirian de vosotros los que os han visto partir quedándose en la playa avergonzados porque con vuestra bravura oscureciais el dia? Yo por mi parte prefiero sucumbir como un héroe.

VII.

Estas palabras contuvieron el vehemente deseo de retroceder que se habia apoderado de los navegantes.

Al anochecer volvió á soplar el viento y renació en el pecho de todos la esperanza de hallar pronto tierra, porque vieron alcatraces y algunas otras aves blancas de rio, y hasta una tórtola.

VIII.

IV

Las yerbas que encontraban eran muchas, y hablaban entre ellas cangrejos.

Sin embargo, todavía murmuraban los descontentos, todavía decían que jamás habría vientos bastante para que las naves pudieran tomar rumbo hacia el punto de donde habían venido ni para proseguir adelante.

Como si la naturaleza hubiera querido ayudar á Colón, el mar se animó de pronto de tal modo que las embarcaciones salieron de aquella especie de atoladero, caminando con extraordinaria rapidez.

IX.

El 25 de setiembre pasó Martín Alonso Pinzón, capitán de la *Pinta* á la carabela de Colón.

Pinzón había estudiado un mapa, que le había dado el almirante, en el que había marcado algunas islas, y Pinzón creía que se hallaban en ellas.

X.

Este mapa, delineado por el ilustre genovés, era una copia del que en 1474 había llevado á Lisboa Pablo Toscanelli, médico florentino, y célebre astrónomo de su tiempo.

Comprendía desde el Norte de la Irlanda hasta el

confín de la Guinea, con todas las islas que habia hallado en su viaje, y hácia el Occidente representaba el principio de la India, con las islas y lugares por donde se podria andar.

XI.

Colon vió este mapa, y las relaciones de los viajeros que habia leído, le confirmaron en la idea de hallar por el Occidente la misma India á donde Marco Polo habia ido por la parte oriental.

Los dos marinos conversaron sobre esto, indicando Pinzon que el mapa era imperfecto, y defendiendo el almirante su exactitud.

XII.

Volvió Martin Alonso Pinzon á su carabela, y apenas comenzaba á ponerse el sol, subiéndose en la popa de su nave, con inmensa alegría llamó al almirante, dándole albricias porque veia tierra.

Aquella magnética palabra resonó en el corazon de todos y hasta en el del mismo Colon, el cuál, postrándose de hinojos al mismo tiempo que los suyos, mientras que en la carabela de Martin Alonso entonaban el *Gloria in excelsis Deo*, dió gracias al Altísimo.

Los de la *Niña* subieron sobre el mástil y las jarcias, y afirmaron que lo que les parecia tierra, lo era en efecto.

XIII.

Por la noche dispuso el almirante que dejaran el rumbo del Oeste para tomar el del Sudoeste, por donde se divisaba tierra.

Los marineros alborozados se arrojaron al mar nadado; vieron muchos dorados y otros peces, y volvieron á las carabelas ébrios de alegría.

XIV.

Pero su desaliento fué grande cuando al día siguiente notaron que lo que les habia parecido tierra era cielo, y que el mar, á la altura en que se hallaban, parecia un rio acariciado por auras suaves que no tenian bastante fuerza para impulsar á las naves.

El desencanto produjo en todos una inmensa prostracion.

XV.

No se atrevian á murmurar, porque en el fondo de su alma todos tenian la seguridad de que sólo una muerte oscura y desastrosa les aguardaba.

Dos dias después de aquel contratiempo, se animaron un poco viendo á un ave llamada *rabiforcado*, ave enemiga irreconciliable de los alcatraces, su constante perseguidora, que no se aparta nunca á gran distancia de la tierra.

El placer de sentir nuestra planta sobre la tierra y seguir adelante, porque la menor duda de que nos acercamos á la realización de mis proyectos.

Entonces, y aun hoy todavía, hay muchas de estas aves en la isla de Cabo Verde.

Aquel pájaro era un indicio seguro de que no estaban muy léjos de la tierra que con tanto afán ambicionaban.

XVII.

El 1.º de octubre habian andado setecientas siete leguas más. Colon avanzó cuarenta y siete leguas más, y el dia 3 del mismo vió muchas pardelas, y yerba fresca con algunos frutos.

Convocando en su carabela á los capitanes de las otras dos, y reuniendo en torno suyo á los pilotos y á aquellos de los navegantes que no necesitaban prestar servicios en los buques:

XVIII.

—Seguro estoy,—les dijo,—de que nos hallamos á muy corta distancia de la tierra. A la altura en que estamos podremos encontrar no una sola, sino varias islas dónde guarecernos. ¿Pero qué adelantariamos con eso? Hemos venido á buscar el derrotero de las Indias; hemos venido á buscar un nuevo mundo, que en mi concepto existe, y necesitamos tener bastante energía, bastante abnegacion para renunciar al pue-

ril placer de sentar nuestra planta sobre la tierra y seguir adelante, porque no tengo la menor duda de que nos acercamos á la realizacion de mis proyectos.

Os he llamado para comunicaros mi esperanza, que es casi una seguridad, para comunicaros la fé que yo tengo en la empresa.

XIX.

Estas elocuentes palabras no produjeron el efecto que otras veces.

Los marineros y los pilotos se conformaron por que no tenian otro remedio.

Martin Alonso y su hermano, el capitan de la *Niña*, no estaba tan desanimados como sus compañeros.

Pero engreido el primero con sus conocimientos científicos, empezaba á considerar á Colon con menos indulgencia.

XX.

Sin ir más léjos dos dias después del en que Colon convocó á los navegantes en torno suyo, manifestóle Martin Alonso que debian navegar á la cuarta del Oeste.

Pero no viendo el ilustre genovés en esta indicacion más que el deseo de encontrar pronto tierra, aunque fuera únicamente una isla, le desoyó por completo, manifestándole con entereza que primero necesitaban encontrar tierra firme.

—Las islas ya las hallaremos,—añadió.

porque después de andar todo el día hacia el punto donde las había percibido. XXI.

Los reyes al disponer la expedición, habían anunciado que concederían una pensión de treinta escudos al primero que descubriese tierra, y cuando al desaliento sucedía el entusiasmo en el corazón de los marinos, se esforzaban los de las carabelas en avanzar, para obtener el premio.

XXII.

El día 7 de octubre, la *Niña* que era muy velera se adelantó á las otras dos carabelas.

Poco después de amanecer levantaron sus tripulantes una bandera en el tope del mástil, y tiraron una lombarda.

Estas dos señales conmovieron profundamente á los navegantes.

XXIII.

—¡Han visto tierra, han visto tierra!—gritaron los de la *Pinta* y la *Santa María*.

Y se asomaron á las galerías, y se subieron á los palos para ver si divisaban la tierra que les parecía habían visto sus compañeros.

XXIV.

Pero habían partido muy de ligero los de la *Niña*,

porque después de andar todo el día hácia el punto dónde les habia parecido ver tierra, á la caída de la tarde se encontraron con que á pesar de haber andado más de veintiocho leguas, no realizaban sus esperanzas.

XXV.

Como todos los marineros deseaban el premio ofrecido por los reyes, á cada instante daban el grito de tierra.

Para terminar estas falsas alarmas, fuente de continuos desengaños, dispuso Colon que si alguno daba la noticia y no se descubria tierra en los tres dias posteriores al anuncio, perdiese todo derecho al premio.

Pero observaron otro indicio de tierra más convincente que los que hasta entónces habian hallado.

XXVI.

Por encima de los barcos pasaban desde el Norte al Sudoeste multitud de aves que iban á dormir en tierra.

Calculando la hora de la noche, pensó Colon que no debia estar á mucha distancia el sitio de reposo de aquellos pájaros.

Siguiendo el camino que le trazaban las aves, no tardó en hallarse en un espacio que más que mar, parecia rio.

XXVII.

Aires suaves, templados y olorosos, acariciaban las velas de las naos.

La yerba que arrastraba el agua era muy fresca, y vieron muchos pájaros del campo, algunas ánades, y no pocos alcatraces.

XXVIII.

Pasaron tres días, y en los cuales recorrieron más de cien leguas, con la particularidad de que al segundo día se cambió el viento, tomando las proporciones de un verdadero temporal.

Colón había dispuesto que al amanecer y al anochecer se reunieran las carabelas todo lo más posible.

Al final del tercer día, después de tantas esperanzas frustradas, la indignación de los marineros llegó á tomar un carácter alarmante.

Todos rompieron en bulliciosa turbulencia.

XXIX.

—Esto es desafiar las iras del destino,—decían unos.

—Bogar por una inmensidad de agua sin límites,—añadían otros.

Y todos á una; lo mismo los de la *Pinta*, la *Niña* y la *Santa María*, manifestaban abiertamente deseo

de renunciar al viaje como cosa perdida, y desandar el camino que habian andado. X

XXX.

Colon trató de pacificarlos con palabras afables y promesas de encontrar próxima tierra.

Pero al ver que sus palabras no tenian influencia entre aquellas gentes; al ver que los Pinzones, ofendidos en su amor propio porque no habia seguido sus consejos, parecian ponerse del lado de los rebeldes, tomando una actitud enérgica, y jugando el todo por el todo.

XXXI.

—Es inútil murmurar,—exclamó con decidido acento.—La expedicion ha sido preparada por los reyes para buscar las Indias, y por nada del mundo retrocederé hasta que, con el favor de Dios, lleve á cabo la empresa que he acometido.

XXXII.

LXXX.

No falta historiador que asegure que al ver Colon las serias proporciones que tomaba la rebeldia de sus marineros, hizo con ellos el pacto de desistir de su empresa si tres dias después no hallaba tierra.

No es verosimil,

El génio no se doblega nunca á la vulgaridad!



CRISTÓBAL COLÓN.—...dice á los marineros amotinados:—Es inútil murmurar, por nada del mundo retrocederé.

Capítulo III.

El corazón humano.

La energía de Colón, sus inspiradas palabras, su resolución de jugar el todo por el todo, de morir ó vencer, si no disipó la irritación de los navegantes la contuvo al menos como no podía ménos de suceder, porque Dios quiere que el génio sea para la humanidad lo que para las espumosas é irritadas olas del mar la orilla que las sujeta y las contiene.

Callaron los descontentos, pero fácil era adivinar que todos absolutamente todos, eran hostiles á Cristóbal Colón.

Quintero y Rascon que eran los que más perdian puesto que la *Niña* y la *Pinta* eran suyas, quisieron

explotar el descontento de los Pinzones para ver si lograban detener la expedición, deshacerse del almirante y volverse hacia España.

Los dos navegaban en la *Santa Maria* muy vigilados desde que ántes de llegar á Canarias habian tratado de inutilizar el timon de la *Pinta* para quedarse en la Gomera.

III. III.

Durante el trayecto habian tenido ocasion de conocer á Alonso Velez, el cual no habia perdonado á Colon que le hubiese obligado á contraer matrimonio con la desgraciada Isabel Monteagudo.

Rascon se acercó á Alonso Velez y le dijo:

—Por el camino que nos lleva Colon no tenemos mas esperanza que la muerte. Que los que nada tienen que perder, que los que se han escapado de las manos de los verdugos sucumban, nada puede importarles. Pero nosotros que no necesitamos emprender expediciones de este género, porque con estas dos carabelas mi compañero Quintero y yo tenemos de sobra elementos para ganar la vida, y vos que sois un caballero, desgraciado sin duda, pero con condiciones para hallar favor en la corte perezcais con nosotros, eso ni es justo ni podemos consentirlo.

—¿Y á dónde vais á parar con ese preámbulo?

—A preguntáros si quereis ayudarnos á realizar una empresa que puede dar ópimos resultados.

—Hablad.

—Es que os advierto que si no aprobais nuestro plan, no solamente negaremos si nos delatais, sino que mi compañero y yo, y algunos otros que piensan de la misma manera, tomaremos venganza de vuestra felonía.

—Acepto esa condicion.

—Pues en ese caso oid. Ya habreis notado que Martin Alonso Pinzon no está muy contento con el almirante.

—Es natural que no lo esté. Le ha hecho varias proposiciones y Colon le ha desoido por completo.

—¿Quién sabe si á estas fechas estaríamos mejor, habiendo seguido los consejos de Martin Alonso?

—De cualquier modo, lo cierto es que aunque en la apariencia respeta el capitan de la *Pinta* al almirante, en el fondo le ódia tanto como nosotros.

—Pues bien; hé aquí nuestro plan. Aprovechad la primera ocasion que se os presente para trasladaros á la *Pinta*, y hablad con Martin Alonso.

—¿Y qué le he de decir?

—El mejor medio de averiguar con exactitud lo que él piensa acerca de Colon, es lisonjearle.

Yo no entiendo gran cosa, podeis decirle; pero ierep que si hubiéramos seguido el rumbo que en varias ocasiones habeis manifestado, habriamos encontrado tierra hace ya mucho tiempo.

El, como es natural, afirmará, y puede ser que

añada alguna frase que indique su disgusto. Si tal sucede: «Por mi parte os aseguro, podeis decirle, que no hay un sólo navegante de los que van en la *Santa María*, que no tenga más fé en vos que en nuestro primer jefe.»

Esto lo agradecerá, y si le veis animarse, si hiciera alguna indicacion, podeis decirle:

«Allá hay grandes deseos, ó de seguir adelante al mando vuestro, ó de retroceder á España. Para tomar cualquiera de estas dos resoluciones, sobra una persona.»

El comprenderá perfectamente y adivinará nuestro plan, porque no es otro que deshacernos de Colón.

—Nada más fácil.

—Estando todos de acuerdo, ha podido muy bien enfermar en la travesía, morir, y ya se sabe que los marinos hallan por tumba, el mar.

—Pues bien, he aquí nuestro plan. Aprovechad la

—Sois un gran pensador,—dijo Alonso Velez,—pero para que yo sea instrumento de vuestros fines, necesito algun premio.

Figuraos que se lleva á cabo vuestro proyecto, que nos deshacemos de Colón. Si seguimos al mando de Pinzon y hallamos tierra y las riquezas que nos han prometido, el negocio es redondo. Pero, y si Pinzon duda, y cediendo á las exigencias de los marineros toma el rumbo á España, al llegar allí, ¿qué habré yo ganado?

—Mi compañero y yo, —dijo Rascon, —os entregaremos al llegar á Palos una cantidad de dinero suficiente para que podais vivir allí holgadamente el tiempo que necesiteis estar en la corte para obtener algun empleo ó cargo lucrativo.

—En los momentos del peligro se hacen grandes promesas; pero cuando el peligro pasa.

—¿Os contentais con que os hagamos una promesa formal ante el escribano real que nos acompaña?

—Desde luego; siempre que esto parezca la promesa del pago de una deuda atrasada.

VI.

Conviniéron en ello, y entre los tres fueron catequizando á los demás marineros, no sólo de la *Santa María*, sino de las otras dos carabelas, y la idea de que necesitaban deshacerse á toda costa de Colon como el único medio de salvarse de la muerte que les amenazaba, llegó á ser un sentimiento unánime en todos los que formaban parte de la expedición.

Mientras que á sus piés se formaba aquella sorda tempestad, mientras que en el momento en que todos aquellos hombres alentaban el pensamiento de atentar contra la vida del que en aquellos mares era su Providencia, Colon, sereno al lado del peligro, no tenia más que una ansiedad: la de poder cumplir la

promesa que había hecho, la de llevarlos á tierra firme.

VII.

Alonso Velez no había podido todavía conversar con Martin Alonso Pinzon, y todos aguardaban á que terminasen los tres dias para tener derecho descaradamente de castigar al impostor que les había engañado, prometiéndoles un Nuevo-Mundo y grandes riquezas, y dándoles en cambio de su promesa, una muerte oscura y desgraciada.

VIII.

Por fortuna del gran marino, eran tales los indicios de tierra que se descubrian, que ya no podia haber duda alguna de que se hallaba cerca del término de sus deseos.

Además de muchas yerbas de rio, vieron un pez verde de los que no se apartan nunca de las rocas.

En las olas flotaba un ramo de espino con sus majuelas coloradas, que parecian recientemente arrancadas del árbol.

Cogieron además una tableta, una caña y un palo artificialmente labrado, lo cual fué causa de que renaciera la esperanza y el desanimado alientó en la tripulacion.

IX.

Durante todo el dia estuvieron aquellos hombres dominados por la ansiedad y la codicia.

La ansiedad de hallar tierra.

La codicia de alcanzar la pensión ofrecida por los reyes.

Todo parecía haber cambiado de aspecto.

Los incrédulos empezaban á confiar.

Los que habían considerado á Colon como un loco, volvian á sentir respeto y admiracion hácia él.

Parecian arrepentidos y deseados de nuevo de ganar el afecto de aquel hombre con actos de heroismo.

MI CORAZÓN ME DICE.—

Aquella noche hubo en medio de la inmensidad del mar un espectáculo grandioso.

Reunidos á bordo del navío almirante los marineros, entonaron la Salve, y después de esta plégaria aprovechó Colon la emoción de sus pechos para acabar de ganar en su afecto lo que había perdido.

XII.

—Veo,—les dijo,—que renace la esperanza en vuestro corazón, y sólo perdiendo la fé que desde niños habeis sentido en vuestro pecho, habeis podido dudar un sólo instante.

Estamos léjos, muy léjos de nuestra patria; hemos cruzado un espacio inmenso, y sin embargo, no habeis pensado un sólo instante en la misericordia de

Dios que, habiendo podido castigar nuestra codicia, que solamente audacia y codicia fué lo que nos impulsó y nos guia á descubrir nuevas tierras, y habeis visto que nos ha favorecido con vientos suaves, que el mar se ha convertido para nosotros, en medio del tempestuoso Océano, en una suave y apacible balsa. Habeis notado que, en vez de arrebatarnos las esperanzas de realizar nuestro propósito, nos ha animado con incesantes señales de próxima tierra, y todo hace creer que comprende que los sentimientos que nos guian á descubrir nuevos países, es llevar á ellos la fé cristiana, y por eso nos impulsa, nos ayuda, nos protege y nos lleva á la tierra de promision.

Mi corazon me dice,—añadió con vehemencia,—que no tardaremos mucho en asentar nuestras plantas sobre tierra firme, y tanto es así que desde ahora mismo en cada una de las tres carabelas habrá un vigilante en el castillo de proa para dar la voz de tierra en el momento en que la vean sus ojos, y además de la pensión ofrecida por los soberanos, yo prometo al que tal descubrimiento haga un rico justillo de terciopelo.

.IX

XIII.— «Yo,—les dijo,—veo,—por lo que se refiere á nuestra codicia, y solo por descubrir la tierra que deseamos,—que cuando oir estas palabras todos deseaban desempeñar el cargo de vigilante. Para calmar aquella nueva efervescencia, dispuso Colon que de media en media hora se relevasen todos los tripulantes.

La brisa continuó fresca durante todo el día, y tuvieron más mar que de ordinario.

XIV. Las diez serían cuando las tres

Al oscurecerse el sol se dirigieron de nuevo al Occidente, y las tres naves cortaron con rapidez eléctrica las ondas.

La *Pinta* iba á la cabeza de las tres carabelas.

En la tripulación reinaba la mayor alegría, y ninguno de los navegantes pudo cerrar aquella noche los ojos ni entregarse al reposo.

Todos presentían, deseaban ser los primeros en descubrir la tierra.

XV. ¡Oh! ¡mirad bien!

Después de oscurecer subió Colón al castillo de popa.

Mientras la brisa oreaba su frente, mientras que sus ojos contemplaban la temblorosa luz de las estrellas, experimentaba una penosa ansiedad.

Si sus esperanzas se defraudaban, si sus cálculos eran inciertos, si la tierra tan deseada no aparecía á sus ojos, concluiría su prestigio ante aquellos hombres, y sería víctima de su desesperación.

XV. ¡Oh! ¡mirad bien!

La duda y el temor le hacían dirigir investigado-

ras y ardientes miradas hácia el Occidente, y en medio del silencio murmuraban sus lábios una oracion al Altísimo pidiéndole que se apiadase de él.

Las diez serian cuando se apareció á sus ojos una luz lejana.

Apenas la vió temiendo que fuese engañosa ilusion de su deseo, llamó á su lado á D. Pedro Gutierrez, caballero muy querido del rey.

XVI.

—Venid, venid,—le dijo.

—¿Qué manda el almirante?—preguntó D. Pedro.

—¿No veis allá á lo lejos una luz?

—Si por cierto.

—¡Oh!, mirad bien, fijaos; que no os engañe la esperanza.

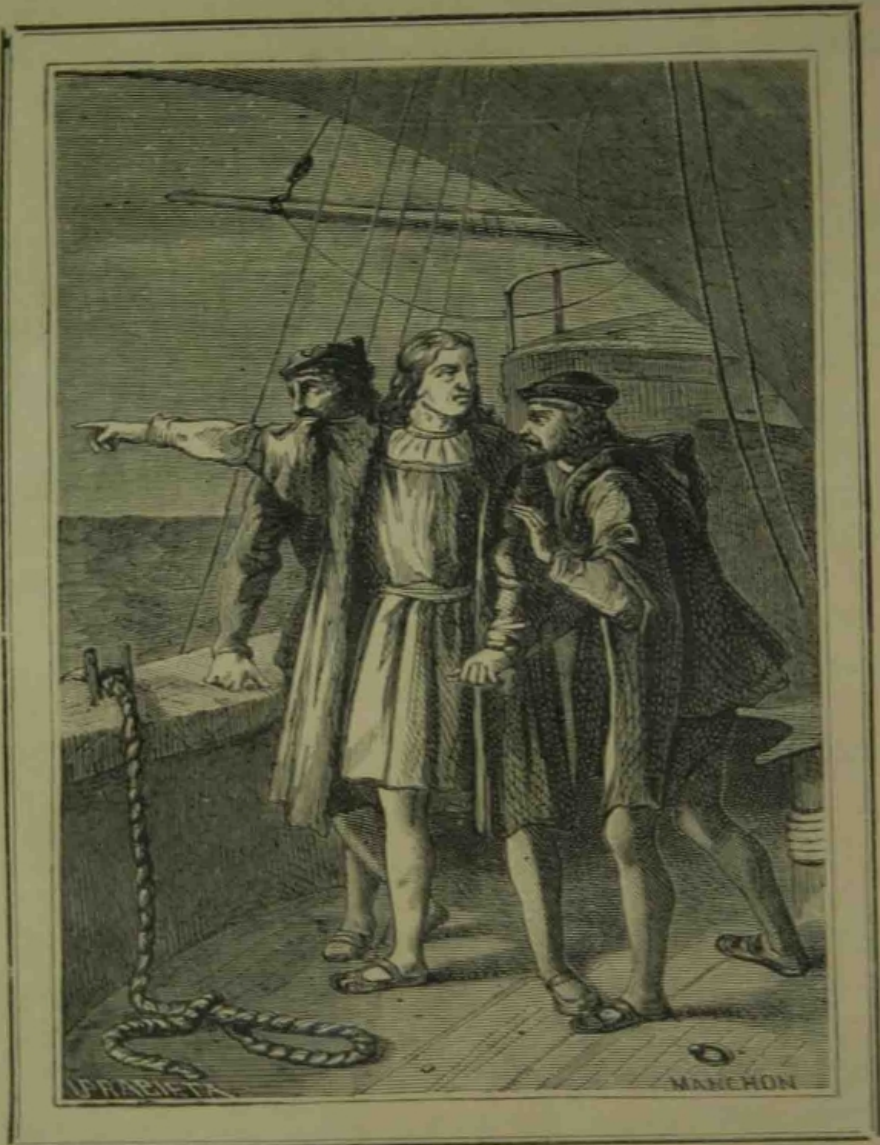
—Os juro por mi nombre que lo que veo á bastante distancia todavía es una luz.

XVII.

Subieron al castillo de popa algunos otros navegantes, y entre ellos Rodrigo Sanchez de Segovia y Alonso Velez de Mendoza.

Colón se volvió un instante para decirles lo que pasaba, y cuando fue á mostrarles con el indice el sitio dónde habia visto la luz, Rodrigo Sanchez y Alonso Velez, no pudieron ménos de asombrarse porque no veian nada.

Tambien desapareció para Colón la luz.



CRISTÓBAL COLON.—...dice á Pedro Gutierrez:—¿No veis allá á lo léjos una luz?

XVIII.

¿Qué era aquello? Meditando en su desventura estaba el almirante, cuando de pronto los que le acompañaban:

—Otra vez aparece la luz, otra vez,—exclamaron.

Entonces se movía:

—Es sin duda una barca pescadora,—dijo don Pedro Gutiérrez.

—Las oscilaciones de la luz son efecto del movimiento de las olas. ¿No veis como sube y baja?

XIX.

Colón no se atrevía á manifestar su opinion, porque temia que sus palabras quedasen defraudadas.

La mayor parte de los navegantes dieron poca importancia á aquel aserto.

—Y sin embargo,—se decia Colón,—yo estoy seguro de que dónde ha aparecido la luz hay tierra, y tierra habitada.

XX.

Las horas de aquella noche fueron mayores, no solo para Colón, sino para todos los que le acompañaban.

Apenas rompió el alba, resonó en el espacio un cañonazo.

XXIX

La *Pinta* lo había disparado. ^{Que era aquello?}
 Era la señal convenida para indicar la proximidad
 á la tierra, y aquella señal no podía ser equivocada,
 puesto que ya estaban todos escarmentados, y hasta
 no convencerse, ninguno era capaz de soltar prenda.
 La *Santa María* y la *Niña* se hallaban á alguna
 distancia de la *Pinta*, y no pudieron observar lo que
 pasaba en ella.

Vamos á referirlo á nuestros lectores

XXIX

Colon no se atrevió á manifestar su opinión, por-
 que temía que sus palabras quedasen desahucadas.
 La mayor parte de los navegantes dieron poca im-
 portancia á aquel aserto.
 —Y sin embargo, — decía Colon, — yo estoy se-
 guro de que donde ha sucedido la luz hay tierra, y
 tierra habitada.

XX

Las horas de aquella noche fueron mayores, no
 solo para Colon, sino para todos los que le acom-
 pañaban.

Apenas rompió el alba, resonó en el espacio un
 cañonazo.

Las que se alistaban más de la costa, y en todos las
 vijas habían crecido más y más el uno su pereza,
 su diligencia el otro.

III.

Algunos episodios de las necesidades de estos dos
 marinos servirán para caracterizarlos, y al mismo
 tiempo para entrar en sus caracteres, que por fuerza
 después de llevar tantos días en el mar acompañando
 á Colón en su expedición, deben de ser volver siempre
 á ser semejantes á las relaciones con la tierra.

¡Tierra!

IV.

I.

Pablo Arjon era lo que se llama un hombre
 Entre los tripulantes de la *Pinta* iban dos jóvenes
 marinos, uno de Moguer y otro del mismo puerto
 de Palos, llamados el uno Rodrigo de Triana, y el
 otro Pablo Arjonap.

Era el primero modelo de diligencia y actividad,
 Era el segundo, tipo acabado de la pereza.

Bien es verdad que cuando le había costado caro,
 porque, de chico, su actividad le había valido una pa-

Los dos, aunque de distinto pueblo, por la proximidad de Moguer á Palos, se habian tratado desde la infancia, y eran grandes amigos.

Habian emprendido antes de aquella expedición algunas otras, en barcos pescadores, ó en las carabe-

las que se alejaban más de la costa, y en todos sus viajes habian acreditado más y más el uno su pereza, su diligencia el otro.

III.

Algunos episodios de las mocedades de estos dos marinos servirán para caracterizarlos, y al mismo tiempo para entretener á mis lectores, que por fuerza después de llevar tantos dias en el mar acompañando á Colon en su espedicion, deben desear volver siquiera sea someramente á trabar relaciones con la tierra.

IV.

Pablo Arjona era lo que se llama un hombre afortunado, pero hasta cierto punto.

Tenia, por decirlo así la fortuna de inspirar simpatías á todo el mundo, de escitar interés en su favor, pero su indolencia era causa de que en el momento de que la simpatía y el interés que inspiraba daba el fruto, llegase Rodrigo de Triana más diligente que él á recogerle.

Bien es verdad que tambien le habia costado caro, porque, de chico, su actividad le habia valido una paliza que estaba destinada á Pablo Arjona.

Andandó el tiempo todas las buenas mozas en cuyo

corazon habia despertado caritativos sentimientos el atrevido piloto de Palos, habian sido más tarde novias de Rodrigo.

Y lo mismo en la pesca que en los viajes, la pereza del primero habia sido la causa de la suerte del segundo.

Pero Rodrigo era muy buen muchacho, y daba parte de sus ganancias á su compañero.

VI.

¿Cómo siendo tan perezoso, preguntará el lector, pudo Pablo embarcarse?

Se embarcó por una razon muy sencilla.

No habia pensado formar parte de la espedicion, pero su amigo Rodrigo logró que el dia del embarque fuese con él temprano á visitar la *Pinta*, en dónde debia embarcarse á las órdenes de su antiguo amigo Alonso Martin Pinzon, y estando allí tuvo pereza de volverse á tierra.

VII.

En honor de la verdad puede decirse que el menos impaciente de todas los marineros que acompañaban á Colon en su arriesgado viaje era Pablo.

La mayor parte del tiempo lo pasaba durmiendo, y el resto pensaba en dormirse.

VIII.

A la altura en que estaban las tres carabelas tocó

á Pablo el turno de desempeñar las funciones de vigilante.

—Anda que ahora te toca á ti,—le dijeron sus camaradas.

—Lo siento porque estaba aquí tan bien sentado,—contestó Pablo.

—No te apures por eso,—dijo Rodrigo,—yo te reemplazaré.

—Hombre, sí, acepto y te lo agradezco infinito.

—Pues dicho y hecho.

IX.

Rodrigo de Triana se colocó en la proa para explorar el agua, porque hasta entónces no habia ni señal de campo.

No habian pasado diez minutos, cuando Rodrigo con estentórea voz exclamó:

—¡Tierra, tierra!

Esta palabra circuló como una chispa eléctrica entre los navegantas y todos, incluso Pablo, concurren á rodear al afortunado marino, que con sólo pronunciar una palabra habia obtenido una pension de treinta escudos para toda su vida.

X.

A una legua de distancia vieron todos los que iban en la *Pinta*, y á su frente Martin Alonso, la tierra con toda la belleza que podia tener á los ojos de

aquellos hombres que tantos días llevaban en el mar.

La alegría de aquellos marineros no tuvo límites.

Todos se abrazaban los unos á los otros, cantaban, oraban, corrian de un extremo á otro del buque dando brincos de alegría, haciendo toda clase de demostraciones de júbilo.

XI.

Viendo tan próxima la tierra, dispuso Martin Alonso permanecer á la capa.

Gracias á esto, no tardaron en acercarse á la *Pinta* las otras dos carabelas, y la alegría de la primera se comunicó á las otras dos, haciéndose general el entusiasmo.

Las tres embarcaciones acertaron las velas, y se mantuvieron á la capa esperando á que amaneciese para ver el terreno á que se aproximaban, y saber con quien iban á habérselas.

XII.

¡Sublime momento de la vida de Colón!

Los hombres que le acompañaban, alborozados con la realizacion de sus esperanzas, no sorprendieron las lágrimas de emocion que asomaron á los ojos del ilustre marino genovés.

XIII.

El pensamiento de su vida estaba realizado.

Habia encontrado tierras desconocidas en medio de la inmensidad del Océano.

En su concepto, habia llegado á una isla salvaje del mar indio, tal vez á la célebre Cipango, que era para todos los navegantes de aquella época la isla del oro por decirlo así, el *summum* de sus esperanzas, porque se figuraban que allí hallarian el oro más abundante que la tierra en los campos.

XIV.

Los capitanes de las tres carabelas se reunieron en la *Santa María*, y pasaron aquellas horas que les separaban de la nueva luz del día, conversando sobre el hallazgo que acababan de hacer.

XV.

—Que hay habitantes en la isla,—decia Martin Alonso,—no se puede dudar; la luz que hemos visto moverse de un lado á otro lo prueba.

—Pero, ¿quiénes serán esos habitantes?—decia su hermano;—¿serán semejantes nuestros, ó pertenecerán á alguna raza estraña?

—Lo terrible,—decia Alonso Velez,—es que nos figuremos llegar á un país como los que hemos soñado, y nos encontremos á la luz del nuevo día con un desierto erial.

—¿Quién dice que no estamos en la isla de las *Siete ciudades*?—dijo un viejo piloto llamado Bartolomé Roldan.

XVI.

Los marineros le pidieron esplicaciones acerca de aquella isla, que ya habian oido nombrar otras veces, y en tanto que los Pinzones y Colon basaban en sus conocimientos científicos las conjeturas del sitio en que se hallaban, los tripulantes oyeron de los labios de Roldan las noticias que tenia de aquella isla célebre.

XVII.

—Habeis de saber, amigos míos, —dijo, — que cuando España y Portugal fueron conquistadas por los moros, huyeron sus habitantes en diversas direcciones, deseosos de librarse de la esclavitud que les amenazaba.

Un obispo de los más renombrados que habia entonces, seguido de gran número de fieles se embarcó y fué en suerte á la veleidad de las olas.

El tiempo que estuvieron á merced de ellas, nadie ha logrado saberlo.

Pero es lo cierto que se encontraron en medio del Océano y que andando, andando, vieron una inmensa superficie de tierra despoblada.

El obispo y los fieles que le acompañaban deliberaron acerca de lo que harían, y viendo que poseia aquella tierra bastantes frutos para alimentarlos, decidieron permanecer allí y fundar siete ciudades al frente de cada una de las cuales se pondria un obispo.

XVIII.

—¿Y cómo se supo eso?—preguntó uno de los que con más curiosidad oía el relato.

—Varios pilotos portugueses al volver de sus viajes dijeron que habían visto la isla, y hasta he oído contar que algunos de ellos detenidos por los habitantes de las ciudades fundadas por los obispos, los llevaron á la iglesia para asegurarse de si eran ó no católicos, y al ver que profesaban su verdadera fé, les preguntaron si poseían aún los moros la España y el Portugal.

—Esa sin duda debe ser la *isla del oro*, de que yo he oído hablar muchas veces.

—No te falta razon,—añadió Roldan,—porque en tanto que los pilotos conversaban con los isleños, algunos de los marineros juntaron arena en las playas para el uso de la cocina de los buques, y vieron con sorpresa que una tercera parte de la tierra era oro.

Acapararon todo lo que pudieron, y cuando los habitantes de la isla les rogaron que permanecieran con ellos algun tiempo, temerosos de que se descubriera que se llevaban la arena aurífera, se embarcaron y desaparecieron.

XIX.

Cada cual de los circunstantes añadió nuevos datos á la conseja, y así mataron el tiempo que se les hacia largo.

¡Tal era el deseo que tenían de poner el pié en tierra firme!

Al amanecer del viernes 12 de octubre de 1492, empezó á desarrollarse ante su vista una hermosa isla de algunas leguas de perímetro, verde y lozana y cubierta de frondosos árboles que le daban todo el aspecto de una espléndida selva.

XX.

Ni un monumento, ni una casa de fábrica, nada que diese idea de la civilización que dejaban atrás los viajeros, se apareció á su vista.

Y aunque todo lo que veían indicaba que la naturaleza se hallaba allí en su primitivo estado, no tardaron en descubrir figuras humanas que salían de los bosques y corrían á aglomerarse á la orilla del mar deteniéndose absortos á contemplar las carabelas que se balanceaban muellemente sobre las plateadas olas.

XXI.

Pero si grande era la curiosidad de los indígenas no era menor la de los europeos que los miraban á su vez asombrados.

Aquellos hombres, aquellas mujeres, estaban completamente desnudas, y su actitud, su gesto, la expresión de su fisonomía, todo revelaba en ellos lo maravillados que se hallaban.

XXII.

—Ya hemos hallado, amigos míos,—dijo Colón con estentórea voz á sus compañeros,—la tierra que deseábamos, tierra habitada por una raza diferente á la nuestra, un nuevo mundo en fin.

Echad las ánclas, armad los botes, ataviaos con vuestros mejores trajes, coged los pendones de Castilla, enarboladlos; vamos á poner la planta sobre los dominios que hemos venido á conquistar para nuestros reyes.

XXIII.

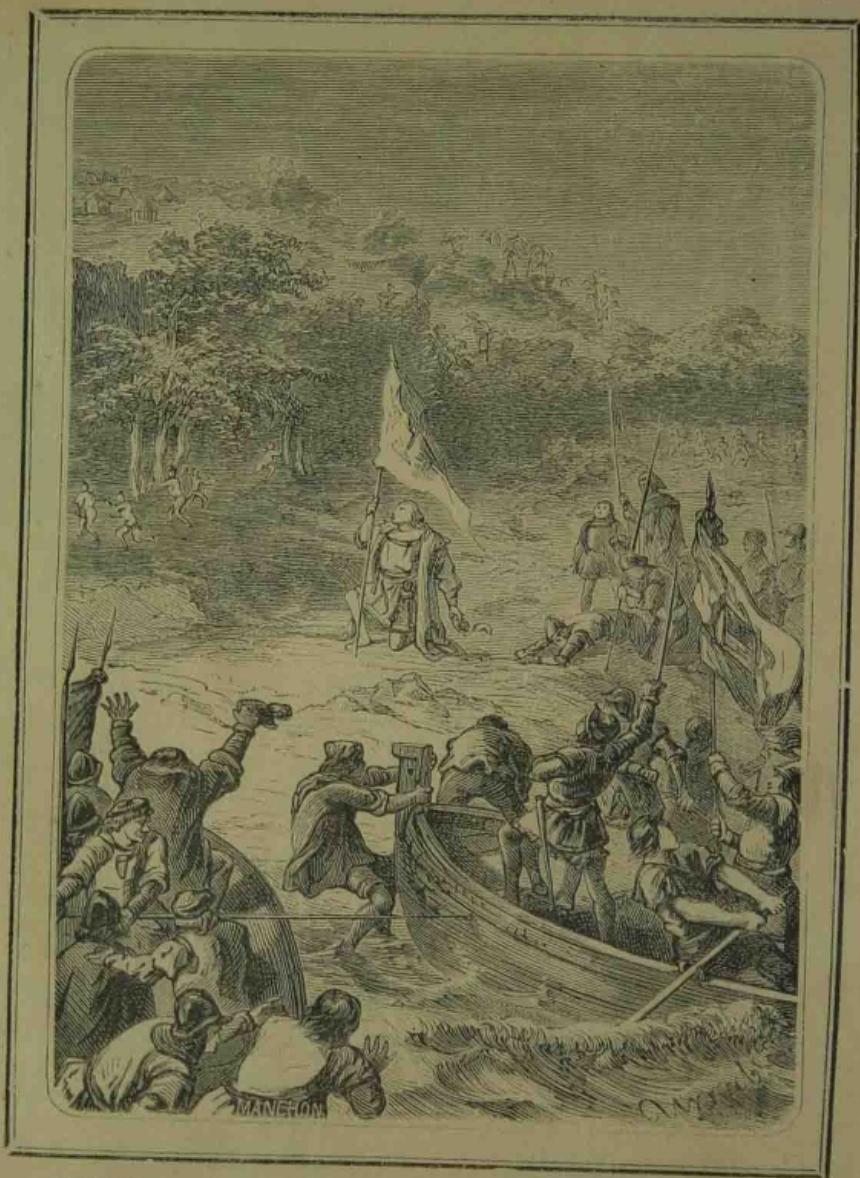
Todos con la mayor presteza obedecieron sus órdenes, y después de adornar con ricas telas de escarlata el bote de Colón, seguidos de los funcionarios que habian puesto á sus órdenes los soberanos, comenzó á dirigirse con el estandarte real en la mano hácia la orilla deseada.

Martin Alonso Pinzon y Vicente Yañez su hermano, con algunos otros marineros, ocuparon los demás botes llevando banderas con una cruz verde por blason y las iniciales:

F. I.

Estas iniciales eran las de los monarcas de Castilla Fernando é Isabel.

Cada una de ellas tenia una corona encima.



CRISTÓBAL COLÓN.—...desembarcó el primero y arrodillándose profundamente conmovido:—Gracias, Dios mío! exclamó con lágrimas de alegría.

XXIV.

A medida que se acercaban á la arena su entusiasmo era mayor, porque descubrian las estensas florestas que adornaban la playa y notaban que los árboles de la costa estaban cargados de frutos desconocidos para ellos, pero de aspecto tentador.

Al mismo tiempo aumentaba la belleza de aquella isla la suavidad de la atmósfera, la diafanidad de las aguas que lamian la arena.

Colon desembarcó el primero, y arrodillándose profundamente conmovido:

XXV.

—«Dios eterno y Todopoderoso,—exclamó besando aquella tierra que era simbolo de su gloria,—Dios que con la energía de tu palabra creadora diste vida al firmamento, al mar y á la tierra; que tu nombre sea bendecido y glorificado, que tu magestad y tu soberanía universal sean exaltados de siglo en siglo, tu que has permitido que el mas humilde de tus esclavos pueda dar á conocer tu nombre sagrado en esta mitad de tu imperio, ignorado hasta hoy de los hombres.» (1)

(1) Esta plegaria es auténtica.

XXVI.

Los naturales del país retrocedieron, más con espanto que con asombro, presenciando aquella escena con intuitivo recogimiento.

Los capitanes de las embarcaciones, los pilotos, los marineros, todos los que saltaron á tierra; imitaron á Colón, y el almirante, levantándose después, desnudando la espada, blandiéndola en el aire al mismo tiempo que tremolaba el estandarte real, llamó en torno suyo á los dos Pinzones, á Rodrigo de Escobedo, escribano de la escuadra, y á todos los demás que habían desembarcado, y dijo:

—En nombre de los monarcas de Castilla, tomo posesion de esta isla, á la que doy el nombre de San Salvador.

Cumplidas las ceremonias:

—Ahora es preciso,—dijo á todos los que le rodeaban,—que me presteis juramento de obediencia como almirante y virey de los países que hemos venido á conquistar, en representacion de nuestros soberanos.

XXVII.

Todos prestaron solemné juramento, los marineros se entregaron á una alegría frenética, y como dice muy bien un célebre historiador, los que no há mucho tiempo temian caminar hácia una tumba, se

consideraban ya como favorecidos de la fortuna, y se entregaban al más entusiasta gozo.

Unos le abrazaban; otros le besaban las manos.

Los que más rebeldés se habían mostrado durante el viaje, se distinguieron por su sumisión.

Y Velez, Rascon y Quintero, se acercaban á él á pedirle favores, como á un hombre en posición de repartir riquezas y premios.

Los que más le habían ofendido le pedían perdón, le ofrecían en lo sucesivo la más ciega obediencia.

XXVIII.

—Ahora,—dijo Colon;—es necesario cumplir la voluntad del soberano. Uno de los marineros de la *Pinta* es el primero que ha descubierto tierra: necesito saber su nombre para cumplir la voluntad de los reyes.

—El que la ha descubierto,—dijo Martin Alonso,—es Rodrigo de Triana.

—Pero no es él, sino el almirante,—exclamó Pedro Gutierrez,—el que merece el premio, porque Colon es el primero que ha descubierto la luz, que es lo que nos ha indicado que aquí había tierra, y yo he sido el que, llamado por él, me he afirmado en sus esperanzas.

Colon estaba en un momento de apogeo, y todos á una exclamaron:

XXIX.

—Sí, sí; que sea para él el premio; ¡bien lo merece!

Hasta el mismo Rodrigo de Triana:

—Yo se lo cedo de buen grado,—exclamó.

Colón estrechando su mano:

—Tuyo será,—le dijo.

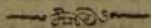
Y tendiendo la vista hácia la isla:

—Vamos á ver dónde nos hallamos,—dijo á los suyos disponiéndose á internarse.

XXX.

Antes de acompañarlos, digamos á nuestros lectores cuál era aquella isla y quienes los habitantes que moraban en ella.

De esta manera comprenderán mejor la benévola acogida que, por efecto de la situación de su espíritu, dispensaron á los marinos europeos, á quienes veían por la primera vez.



Capítulo V.

Guanahani.

I.

La isla que acababa de bautizar Colon con el nombre del Salvador, Hamábase por los naturales isla de Guanahani.

Estaba situada esta isla en la América septentrional y era una de las Lucayas.

Definense con este nombre en aquella parte del Nuevo Mundo, una porcion de islas que forman un archipiélago de los mas bellos.

Pero las principales eran las llamadas Bahama, Guana hani, Inagua, Lucaya y las que más tarde tomaron el nombre de la Providencia, Andros é Isla Larga.

II.

Este archipiélago estaba separado de la Florida

por el canal de Bahama, y en el lado opuesto formaba con sus islas una cadena que yendo á concluir casi al lado de Cuba, se prolonga hasta la Isla de Santo Domingo por medio de otras islas pequeñas llamadas Caicas, ó Túrcas.

III.

La isla de Guanahani lo mismo que las demás que forman aquel archipiélago, estaba habitada por moradores en extremo pacíficos, que vagaban por las selvas y valles, sin más ocupacion que la desatisfacer sus necesidades cuando lo tenian por conveniente, toda vez que la naturaleza era una verdadera madre para ellos.

IV.

Por lo tanto los habitantes de aquellas islas vivian felices y su único temor era que los que llamaban caribes, que no eran otros que los habitantes de otras islas situadas hácia el Sur, invadiesen las suyas para apoderarse de sus frutos y satisfacer su sed de sangre en ellos.

V.

Sin casas, ni monumentos de ningun género porque se albergaban los isleños en unas especies de chozas que formaban con yerbas y ramas de árbol, sin civilizacion de ninguna clase, sin mas religion que la que profesaban á algunos ídolos sobre poco más ó

menos como los de las demás regiones de América cuando estaban por conquistar, compréndese muy bien que los historiadores que más se han ocupado de las cosas de Indias no hayan podido dar una idea á las generaciones futuras de la situación en se hallaba la isla de Guanahani en los momentos en que los enviados de los reyes de Castilla al mando del inmortal Colon, elevaron sobre aquella virgen tierra el estandarte real, el lábaro de Jesucristo.

VI.

Pero los datos que los historiadores no han podido consignar en las páginas de sus preciosos libros, la tradición ha cuidado de conservarlos y estenderlos de padres á hijos y gracias á esto, aunque muy á la ligera podemos dar nosotros una idea de la vida y costumbres, y sobre todo de la situación en que los habitantes de Guanahani se hallaban cuando llegó la expedición española.

VII.

El principio de autoridad es innato ne todas las sociedades, en todas las razas, en todos los pueblos.

Si todavía no se conocía en aquella parte del mundo la monarquía ó la gefatura hereditaria, como en las primitivas sociedades, como en aquellas épocas en las que los hombres eran todos guerreros, el más fuerte era el que llegaba á obtener más ascendiente

sobre los demás, y el que por el derecho de la fuerza, por el prestigio que alcanzaba sobre sus semejantes los dirigía á todos y empuñaba ese cetro imaginario que más tarde llegó á convertirse en cetro verdadero.

VIII.

Favorecidos por el clima, con frutos suficientes en los valles y en los bosques para satisfacer sus necesidades; sin conocer lo que puede llamarse única causa de todos los disturbios de la tierra, el dinero, vivían muy dichosos, y todo su lujo consistía en la mayor ó menor habilidad que cada cual tenía para adornar el cutis de su cuerpo con líneas de colores formando caprichosos dibujos.

Aquello era el embrión del arte.

IX.

¡Dichosas gentes que se consideraban verdaderos potentados con sólo tener colgados de sus orejas y sus narices zarcillos de oro, cuyo valor no conocían, y que no envidiaban á las pintadas aves que llenaban con sus gorjeos aquellas selvas, después de haber embadurnado su rostro, sus brazos, su pecho y sus muslos con los colores que en gran cantidad hallaban en torno suyo.

X.

—Paréceme los que aquí viven gente muy po-

bre, — dijo Colon desde luego á los que le acompañaban.

El ilustre marino se equivocaba de medio á medio.

Eran más ricos que él, más ricos quizás que los soberanos que le enviaban, porque tenían ménos necesidades, y porque miraban con indiferencia las piedras y los metales que eran objeto de la codicia de los que iban á buscarlos, y que habían tenido suficiente atractivo para hacerles abandonar sus hogares y entregarse á las veleidades del proceloso mar, por la esperanza de poseerlas.

XI.

Apuestos y gallardos los mancebos, admirablemente torneadas las mujeres, con rostros en los que se pintaba la bondad de su alma, desde el principio inspiraron gran confianza á los españoles.

Los cabellos, que abundantes nacían en su cabeza y caían sobre sus espaldas, parecían cerdas.

El color natural de su cútis tenía ese matiz que podría resultar del bronce y el oro combinados.

XII.

Con los conocimientos necesarios de las yerbas y de las aguas que tenían á su disposición para curar sus enfermedades, sin otra ocupación que la de vivir, podían ser considerados como los habitantes imaginarios de una Jauja verdadera.

Lo único que les atemorizaba era la posible invasión de los caribes, que talaran sus campos y cayesen sobre ellos como una plaga.

XIII.

Mandaba á la sazón á los moradores de la isla de Guanahani, un indio como de unos treinta años, de elevada estatura, de fuerza atlética, de una perfeccion de facciones admirable, y de una mirada de fuego en sus ojos.

XIV.

Llamábanle los suyos Inahaiguani, que en su idioma queria decir jefe, rey, gran capitán de la isla.

Reunia las poco complicadas funciones de soberano temporal y espiritual.

Bien es verdad que sus templos estaban en medio de las selvas, y que sus ritos eran muy poco importantes.

Pero á pesar de la infancia en que se hallaban, de la ignorancia, del oscurantismo en que vivian, las ideas innatas del bien y del mal, estaban arraigadas en su conciencia.

XV.

Para ellos el castigo de sus malas obras, era la invasión de los caribes.

El premio de las buenas, la llegada á la isla de unos mónstruos pacíficos que les llevaban toda clase

de regalos, y velarian á su lado para defenderlos de sus naturales enemigos.

XVI.

Algunos dias antes de la llegada de Colon y su gente, habia estado Inahaiguani gravemente enfermo.

Se habian empleado todos los recursos necesarios para salvarle de la muerte, se habian hecho las ceremonias de costumbre con los ídolos y durante más de veinticuatro horas habian permanecido consternados los isleños de Guanahani, porque su rey ó jefe permanecia en un letargo muy semejante á la muerte.

Todos creian que habia llegado su hora pòstrera.

XVII.

En medio de la noche estaba rodeada su choza de casi todos sus vasallos, formando grupos con teas encendidas.

El humo que se desprendia de aquella reunion de luz parecia envolver como en un sudario á todos los habitantes de la isla.

Anaimoyaima, que era la mujer favorita de Inahaiguani, velaba al lado suyo, y el grupo de aquellas dos figuras parecia ser el foco á donde afluián todos los rayos de luz que proyectaban las teas.

De pronto Inaiguahani, que permanecia aletargado, abrió los ojos, y contemplando á su amada:

XVIII.

—Nos hemos salvado,—dijo,—porque llegarán á defendernos de nuestros enemigos los que esperamos hace tanto tiempo, y viviremos en paz eterna, en continua bienandanza.

—Yo los he visto, señor, sus bajeles cortaban la espuma del mar y la estrella que nos ama tanto los guiaba hácia aquí.

Estas palabras circularon rápidamente, y los isleños todos se entregaron á los mayores trasportes de alegría.

XIX.

A partir de aquel momento fijaban con ansiedad sus miradas en el mar deseosos de descubrir á cada instante la prometida salvacion.

Aun cuando tenian sus albergues á bastante distancia de la orilla, muchos, los más adictos al soberano, resolvieron aguardar en la costa la llegada de sus salvadores.

Por eso pudo Colon descubrir desde léjos las luces que corrian de un lado á otro sobre el verde fondo de la virgen selva que más tarde se presentó á su vista.

XX.

Apenas descubrieron las naves los indios que aguardaban, corrieron ébrios de alegría á dar parte de la noticia á Inahaiguani, y mientras se aprestaba á llegar con todos los suyos á recibir á los estranje-

ros, los más impacientes corrieron á la orilla, y con asombro y alegría, espresando con sus ademanes la más pura felicidad, examinaron las tres embarcaciones que les parecieron magníficas, puesto que las suyas eran simples canoas de una sola pieza, y al ver á aquellos hombres que con vestiduras de gran novedad y de gran magnificencia para ellos, con estandartes, con músicas que nunca habian oido, con armas que no conocian, llegaron á la orilla, se hincaron de hinojos, elevaron las manos al cielo y prorumpieron en cánticos de triunfo.

XXI.

Aunque á alguna distancia de los recién llegados parecian demostrar vivos deseos de acercarse á ellos, y aunque al ver que iban á su encuentro Colon y los suyos, retrocedieron algo, sin embargo, no tardaron en contenerse esperando á que llegaran los que bajo formas tan maravillosas se aparecian á sus ojos.

Colon no tardó en llegar, y sus miradas los buenos sentimientos de que se hallaban poseidos hácia ellos le hizo considerar como un buen augurio de su empresa el encontrar desde luego gentes tan felices y que tan buenas intenciones manifestaban.

XXII.

Por de pronto notó que no tenian mas armas que unas especies de azagayas ó bastones, que usaban á

manera de lanza, endureciendo al fuego una de sus puntas ó poniéndosela de pedernal ó de espina de pescado.

No tardó en llegar Inahaiguani, y Colon comprendió por la sumision y respeto que hacía él mostraron los demás que era el gefe de aquella tribu.

XXIII.

Grandes eran las dificultades con que habian tropezado unos y otros para entenderse.

Pero el lenguaje de las miradas es universal y por otra parte la accion y el gesto podian suplir á la palabra.

Un vago presentimiento habia hecho comprender á Colon que multitud de objetos de escaso valor de los que habia en abundancia en España, podrian ser considerados como cosas preciosas para los habitantes de las islas desconocidas que se proponia conquistar, y habia llevado birretes de colores, cuentas de vidrio, cascabeles y otra porcion de cosas por el estilo que habian servido á los portugueses en sus anteriores expediciones para cambiarlas por el oro que poseian los habitantes de la costa africana.

XXIV.

Colon comenzó á repartir estos objetos entre los que se hallaban presentes.

Imposible es describir la alegría con que los recibian.

La profecía se había cumplido para ellos al pié de la letra.

Para aquellas gentes, aquellos magníficos regalos eran espléndidos objetos que les enviaba un sér superior á todos los creados, y como no le conocian le demostraban de aquel modo su regocijo.

XXV.

Todo cuanto veian les maravillaba, y hasta los vidrios de colores, hasta las cuentas de rosario las estimaban como nuestras más elegantes damas estiman las perlas, los rubíes y los brillantes más espléndidamente aquilatados.

Al convencerse de que los extranjeros no solamente no les hacian daño, sino que les hacian bien, los rodeaban, los observaban con la mayor atencion, pasaban sus temblorosas manos sobre sus vestiduras, admiraban las espadas y las dagas que pendian de su cinto, y algunos de ellos, demostrando que no conocian las malas partidas del acero y del hierro, las cogian por el filo ó por la punta, lo que fué causa de que se hirieran las manos.

XXVI.

Los españoles permanecieron todo el dia en la costa, descansando de su viaje, visitando las espléndidas arboledas de que estaba cubierta la isla, probando los frutos.

Al anochecer se volvieron todos á bordo, muy satisfechos de lo que habian visto.

Rascon, Quintero, Velez y todos los que se habian conjurado contra el almirante, habian cambiado de tal manera de modo de pensar, que eran sus más sumisos servidores.

XXVII.

Lo que habian visto les daba una idea del Paraiso.

Colon reunió en torno suyo en la *Santa Maria*, á los Pinzones, al escribano real, á los funcionarios que le acompañaban, y disertó con ellos acerca de lo que habian visto, del sitio en que se hallaban, y de las promesas que les ofrecia aquella reina.

XXVIII.

—Dios ha favorecido nuestra empresa,—les dijo el almirante.—Ya veis que hemos hallado tierra donde pensábamos hallar el vacío; que hemos hallado una exuberancia de vida donde temiais encontrar la más horrible muerte.

En mi concepto hemos desembarcado en una isla de la estremidad de la India y por la esplendidez, por la riqueza de las maravillas que hoy han sorprendido nuestros ojos, podeis imaginaros si llegamos á la gran Cipango, cuán grande, cuán inmensa será nuestra fortuna.

XXIX.

Colon no comprendia todavía toda la grandeza de su descubrimiento.

—Pues yo no sé por qué,—dijo Martin Alonso Pinzon,—me parece que la tierra en dónde hoy hemos estado, ha de ser rica en vegetales, pero no en minerales y de no encontrar oro y piedras finas en estas regiones, más nos hubiera valido ir á la costa de Africa, dónde de seguro las hubiéramos hallado.

—Sin saber el porvenir que nos reserve la Providencia, no olvidéis, señores,—añadió Colon,—que uno de los principales propósitos de los reyes es destinar los productos de las tierras que conquistemos á enviar una cruzada á Tierra Santa. Por otra parte nuestra mision es traer á estas ignoradas regiones la fé, propagar la religion cristiana, y esta santa empresa ha de verse coronada por el triunfo más grande, por la victoria más espléndida.

XXX.

A partir de aquel momento, cada cual empezó á referir lo que más le habia sorprendido aquel dia.

Quién elogiaba las verdes y anchas hojas del sabroso plátano; quién se habia extasiado contemplando los inmensos maizales que se estendian por toda la costa.

XXXI.

Ninguno sabia dar nombre á aquellas plantas que por mas que se asemejaban á algunas de las que ya conocian eran más gigantescas, más grandiosas que todas las que habian visto hasta entónces.

XXXII.

Otros se habian fijado en los papagayos de diversos colores que llenaban las ramas de los árboles y cruzaban en inmensas bandadas, ó que domesticados por los indios se colocaban sobre sus hombros chillando de una manera rara y á veces imitando sonidos como los que producian sus mismos amos.

XXXIII.

Aun cuando no habia peligro que temer porque la actitud de los indigenas habia sido en extremo benévola, colocáronse vigilantes en los navíos, y aquellos hombres victoriosos se entregaron en los brazos del sueño arrullados por las tranquilas olas del Nuevo Mundo que parecian complacerse en mecerlos.

El sueño de Colon se habia realizado.

XXXIV.

Y, sin embargo, á pesar de la felicidad que habia

experimentado durante todo el día, de la alegría que sentía su alma, poco después de cerrar sus ojos vió en su imaginacion un ángel que volaba hácia España llevando en su mano una bola que simbolozaba el mundo, y al mismo tiempo vió dos fantasmas que parecian querer contener el vuelo del ángel, arrebatarle la presa que llevaba y confundirle en el abismo.

Aquellos dos fantasmas eran la traicion y la ingratitude.

En sueños presentía su porvenir.

Pero tiempo tendremos de asistir á esta triste realidad.

Capítulo VI.

La Concepcion.

I.

Al día siguiente, al despertar la aurora, casi todos los habitantes de Guanahani y aun de algunas islas inmediatas, que tenían noticias de la llegada de sus salvadores como ellos los llamaban, sin temor de ningún género y ávidos de contemplar aquellos bajeles que en su vida habían visto, se acercaron á ellos nadando unos, y otros á bordo de ligeras canoas formadas con el tronco de un árbol, y que manejaban diestramente.

II.

Su principal deseo era ver á los extranjeros, tocar sus vestiduras, adquirir cualquiera de los objetos que les daban, no porque los consideraran como de gran

valor, sino porque les parecía que tenían una virtud sobrenatural.

Ya lo he dicho ántes: para ellos tanto sus salvadores como las prendas de amistad que les daban, provenían del cielo.

III.

Aunque era poco lo que podían darles en cambio de aquellas preciosas reliquias, se apresuraban á ofrecerles toros domesticados, grandes objetos de algodón perfectamente hilado, y tortas de una especie de pan, llamadas cazabe, que constituían la parte principal de su alimento, y que fué después uno de los artículos de primera necesidad para los españoles.

IV.

Este pan estaba hecho con una raíz llamada *yuca* que cultivaban en sus campos y cortaban en pequeños pedazos preparándola y prensándola después hasta que se endurecía.

Para comerla era preciso endurecerla ántes.

¡Cosa estraña! El agua que destilaba al prensarla era un mortífero veneno.

Aquel pan era insípido pero muy nutritivo.

V.

Colon y su gente volvieron á la isla todos con áni-

mos de adquirir más nociones acerca de las costumbres de aquellos indios, y sobre todo de saber dónde encontraban el oro que formaba una parte importante de sus adornos.

Los indios lo cambiaban de buen grado por cuentas de vidrio y cascabeles, y cada cual de los tripulantes reunía á los que podía para hacer su negocio.

VI.

Mientras que los marineros empezaban á hacer sus lucrativas transacciones, Colon con su estado mayor visitó más despacio la isla, y vió que era muy grande, muy poblada de sabrosos árboles, con abundantes aguas y una grande laguna en medio.

Ninguna montaña habia en ella por más que era tan dilatada su estension.

En la dificultad de entenderse con los que seguian á Colon y á los suyos, que era Inahaiguani y una porcion de indios y de indias, recurrió Colon al lenguaje de las señas.

VII.

—Mirad,—les dijo sacando su espada y mostrando la empuñadura que era una cruz,—esta santa señal habeis de adorar.

Y cogiendo á uno de ellos que se prestó sumiso, le hizo hincarse de rodillas delante de la espada.

Instantáneamente todos los demás le imitaron co-

mo dando á entender que comprendian que aquel símbolo era el que debian adorar en lo sucesivo.

VIII.

Notó además el almirante en todos ellos un gran deseo de pronunciar las mismas palabras que pronunciaban ellos, y enseñóles varias palabras haciendo que todos se diesen el nombre de *cristianos*.

Acercóse á Inahaiguaní y señalando los zarcillos de oro que llevaba pendientes de las narices y orejas, le preguntó de dónde sacaba aquello.

IX.

El indio comprendió enseguida la pregunta, y volviéndose hácia el Sudoeste, dió á entender que hácia allí se hallaba el oro, y por el gesto y por la acción comprendió Colón que los habitantes de los países que indicaban, eran mortales enemigos de los de aquella isla, que de cuando en cuando se acercaban á ella para combatirlos, y que los adornos de oro que llevaban podian considerarse como verdaderos triunfos guerreros porque se los arrebatában á aquellos de sus enemigos que perecian á sus manos.

X.

Después de recorrer toda la isla y de ver en todas partes demostraciones de júbilo, é indicaciones como

de que fueran á aniquilar á sus enemigos del Sudoeste, volvió Colon con los suyos á las carabelas, y enterado del comercio que habian hecho los marineros y los pilotos, les prohibió traficar en oro sin su permiso expreso, por ser aquel producto regalía de la Corona, y extendió la prohibicion al tráfico de algodón que reservó tambien para los reyes, al tratarse de considerables cantidades de este producto.

XI.

No agradó mucho á aquellos hombres la prohibicion.

Por un momento habian creido que podrian poseer legalmente cuanto pudieran adquirir, y no faltó quien murmurara.

Pero inmediatamente dispuso Colon que todos entregasen los productos indígenas que habian adquirido durante el dia, ordenando además que fuesen depositados todos en el navio almirante, y designó una guardia especial para que custodiara y respondiera de lo que pudiera llamarse el tesoro de la expedicion.

Todos se resignaron á obedecer.

XII.

El domingo 14 de Octubre, apenas amaneció mandó aderezar el batel de la *Santa María* y los botes de las otras dos carabelas, y tomando con ellos el camino del Nordeste, se dispuso á costear la isla para visitar su lado opuesto.

De todas partes acudían á la orilla los habitantes del país, prorrumpiendo en exclamaciones de júbilo, y llevando á los extranjeros toda clase de presentes.

Parecían invitar á Colon con sus señas para que desembarcase.

Pero al ver que no los entendían, se arrojaban al agua, llegaban nadando hasta los botes, arrojaban sobre ellos los frutos que llevaban para obsequiarlos, y todo demostraba en su fisonomía y en su actitud una felicidad suprema.

XIII.

Colon hizo varias observaciones á su paso, y notó que habia un espacio en la isla muy á propósito para abrigar las naves.

No contento con esto, buscó un sitio conveniente para levantar una fortaleza, lo que no pudo descubrir porque toda la isla era llana como la palma de la mano.

XIV.

De tal manera fascinó á Colon la belleza de aquel paisaje, que en una de sus cartas á los reyes, les decia:

«Hay aquí huertas de árboles los más hermosos que yo ví, é tan verdes é con sus hojas como las de Castilla en el mes de Abril y de Mayo.»

XV.

Extendió la vista por el espacio que podia abarcar, y vió numerosas islas, sin duda las que forman los Caicos, las Inaguas, chica y grande, la Mariguana, y las demás que se hallan al Oeste.

Colon se dirigió hácia una grande que vió á unas cuatro ó cinco leguas de distancia, que era el Gran Caico.

En ella tuvo la misma acogida.

Desde esta isla vió otra mucho mayor al Oeste.

Hay que advertir que para esta expedicion habia llevado sus tres carabelas y llevaba en su compañía algunos indios de los más inteligentes, con los que se entendia siempre por señas.

XVI.

Puso á su nueva isla el nombre de Santa María de la Concepcion, y desembarcando la visitó como habia hecho con la de Guanahani.

Los indios que le acompañaban informaron á los de su raza acerca de quién era aquel hombre, y el mismo júbilo salió á su encuentro.

XVII.

Al volverse á embarcar, uno de los indios de Guanahani, sin duda por deseo de volver á su isla, ó

por temor de encontrar enemigos en el punto á donde Colon se dirigia, se arrojó al agua encaminándose á nado hácia la orilla.

Algunos marineros botaron una lancha y corrieron en su persecucion.

Cuando llegaron á tierra, todos los que allí habia huyeron amedrantados, y los marineros volvieron llevando una canoa que cogieron á los indios y que por lo que pudiera ocurrir amarraron á la *Niña*.

XVIII.

Miéntras unos huian, otro indio se acercaba en una canoa á la *Santa María*, demostrando por las señas que hacia que queria rescatar un objeto de algodón que le habian cogido los tripulantes.

Invitáronle á que subiera á bordo y no quiso hacerlo.

Colon entonces mandó á los suyos que le llevasen á su presencia á la fuerza, y no tardó en hallarse el pobre indio lleno de miedo, ante el gefe de la espedicion.

XIX.

Pero deseoso Colon de demostrar á aquella gente que le animaban los mejores deseos en su favor, apenas le tuvo delante le regaló un birrete colorado, puso en sus brazos cuentas de vidrio y colocó en sus orejas dos cascabeles.

Adornado de este modo, con gran asombro y ale-

gría suya, le despidió Colon dándole además el objeto de algodón que pedia.

XX.

El ilustre genovés continuó después su camino hácia el Sudoeste, porque comprendió por las señas que le hacian los indios que llevaba á bordo, que allí habia mucho oro.

Colon en aquel momento, ilusionado por el éxito de su empresa, tenia una idea muy equivocada del gran paso que habia dado.

XXI.

Figurábase que los enemigos de que le hablaban los indios debian ser los habitantes del continente del Asia, los vasallos del gran Kan de Tartaria, á quien Marco Polo habia descrito como hombres acostumbrados á lidiar en las islas próximas á su territorio y á convertir á sus prisioneros de guerra en esclavos.

Si esto era así no tenia duda alguna de que toda la parte del Sur tan abundante en preciosidades, segun le habian indicado los mismos indios era la famosa isla de Cipango, en cuya suntuosa ciudad, segun el mismo Marco Polo, habia un espléndido palacio fabricado con oro.

XXII.

Deseoso de poder entenderse con los naturales, dis-

puso Colon que los indios que llevaba á bordo pudiesen servirle de intérpretes.

Viendo que todas aquellas islas no tenían bastante importancia para colonizarlas, se encaminó hácia otra bastante grande, conocida con el nombre de Inagua Grande, pero á la que el almirante en recuerdo del rey de España puso el nombre de Fernandina.

XXIII.

Al llegar, un indio de la Concepcion se habia anticipado á comunicar la nueva del arribo de los extranjeros, de la bondad de su carácter, de los regalos que ofrecian á cuantos se acercaban á ellos, y el júbilo de aquellos indígenas no fué menor que el de los de las demás islas que en el archipiélago habia visitado Colon.

Capítulo VII.

Nuevas impresiones.

I.

La isla que Colon llamó Fernandina y que hoy se llama Exuma, parecía más civilizada que las del archipiélago que acababa de dejar atrás.

Sus habitantes se asemejaban á los de las islas anteriores, pero eran mucho más trabajadores, y su fisonomía revelaba mayor inteligencia.

Una prueba que podría alegarse en favor de su mayor cultura, es la de que aquellas gentes rendían culto al pudor,

II.

En vez de presentarse en el estado primitivo, cubriáanse las indias con delantales de algodón y mantos de la misma tela.

Bien es verdad que este era el signo de las personas más acomodadas, porque lo que podia llamarse la plebe usaba el traje del Paraiso.

Las moradas de aquellos indios, formaban pabellones que estaban contruidos con ramas de árbol, cañas y hojas de palma.

Preservábanlos de los ardientes rayos del sol los anchos brazos de sus hermosos árboles.

Sus lechos estaban formados por redes de algodón sujetas por las puntas á dos árboles.

Eran las hamacas que conocemos hoy y que por la primera vez vieron los europeos en aquella isla.

III.

Los habitantes de la Fernandina á pesar de las noticias que habian recibido poco ántes de la llegada de los europeos, no pudieron ocultar el asombro que les causó su vista.

Mirábanlos á un tiempo con admiracion y terror, y se acercaban con ofrendas, creyéndolos enviados del cielo.

Solícitos en extremo por complacer á los españoles, cuando los marineros desembarcaban para tomar agua, les guiaban á los manantiales más cristalinos y más puros, les ayudaban á llenar los toneles y no les permitian que los llevasen á la orilla, sino que, cargando con ellos, los trasportaban, dándoles de este modo una gran prueba de los deseos que tenian en servirlos.

IV.

Pero tampoco tenian ellos lo que buscaban Colon y sus compañeros: el precioso metal que habia despertado su codicia.

Estos indios les ofrecian los frutos de sus campos y de sus selvas, sus loros domesticados, el algodón, que era el producto de más valor que poseian; pero ni el oro ni las piedras preciosas de Cipango aparecian á las escudriñadoras miradas de los europeos.

V.

¡ Ah! si no se hubieran presentado á su imaginacion, con fulgor brillante, las soñadas riquezas; si después de los largos dias que habian pasado en medio de los mares, sin más horizonte que las olas remontándose al cielo; si después de tantos dias de duda, de zozobra y de desaliento hubieran podido entregarse á contemplar aquellos paisajes que se ofrecian á su vista, ¡ cuán grandiosa, cuán bella les hubiera parecido aquella virgen naturaleza que se aparecia á sus ojos rodeada de encantos sobrenaturales, con todos los atractivos, con todas las galas de su esplendidez.

VI.

Pero Colon, á fuerza de desengaños, habia aprendido á ser lo que hoy llamamos un hombre escéptico.

Conocia perfectamente que si al volver á España se limitaba á referir las maravillas que habia visto, le tendrian por visionario, ó cuando más por poeta, y no estimarian los reyes la descripcion de estas bellezas, en tanto como los gastos que habia exigido la expedicion.

El almirante necesitaba á toda costa demostrar á sus protectores, presentando á sus admirados ojos espléndidas riquezas y los mejores y más magníficos productos del país que habia descubierto, que no habia sido estéril su sacrificio, y que podrian realizarse todos los proyectos que les habian impulsado á favorecer su arriesgada empresa.

VII.

Después de pasar algunas horas en la Fernandina, dispuso Còlon un viaje explorador en torno de su costa, y descubrió á dos leguas del cabo del Sudoeste un extenso puerto, capaz de contener cien bajeles.

Descansó en él nuestro héroe, en tanto que sus marineros se abastecieron de agua, y aquella fué una de las pocas ocasiones en que fijó el ilustre marino sus ojos en las maravillas que le rodeadan.

VIII.

Abandonando la Fernandina el 19 de Octubre, tomó el rumbo del Sudoeste en busca de una isla

llamada Saometó, en dónde, por las indicaciones que le habían hecho los indios, creía Colón hallar las minas de oro y el suntuoso soberano de que ántes he hecho mención con referencia á Marco Polo.

IX.

Sus esperanzas quedaron defraudadas.

Era, sin embargo, bajo el punto de vista de la magnificencia de su vejetación, la mejor de todas las que había visto.

El clima era suave; el aire perfumado; la costa estaba cubierta de finísimas arenas que arrastraban las transparentes ondas.

Colón la dió el nombre de su augusta protectora, la reina Isabel.

X.

Pero dejemos hablar al almirante en su verdadero lenguaje.

«Aquí,—escribía á los reyes,—hay unas grandes
»lagunas y sobre ellas y á la rueda, es el arbolado
»en maravilla; y aquí y en toda la isla son todos ver-
»des, y las yerbas como en el Abril en la Andalucía;
»y el cantar de los pajaritos que parece que el hom-
»bre nunca se querria partir de aquí, y las manadas de
»los papagayos que oscurecen el sol; y aves y pajari-
»tos de tantas maneras y tan diversas de las nuestras,
»que es maravilla; y después ha árboles de mil ma-
»neras, y todós de su manera de fruto, y todos huelen

»que es maravilla, que yo estoy el más penado del
»mundo de no los cognoscer, porque soy bien cierto,
»que todos son cosas de valia.»

XI.

¡Lo que es la obcecación!

Estaba tan poseido de la idea de haber hallado más que un Nuevo-Mundo un camino nuevo y directo al Asia, que hasta él mismo refiere en sus escritos que era tanto su empeño en descubrir los productos del Oriente, que al acercarse á aquella isla encantadora, imaginó que respiraba el aire, los olores que exhalan las islas del mar Indico.

XII.

El agua era tan transparente, que á través de sus diáfanos cristales podían verse los abundantes peces que la poblaban, peces que ofrecían á sus ojos la novedad que todos los demás objetos que habían hallado en aquel Nuevo-Mundo.

La brillantez de sus colores, los rayos del sol que reflejaban en sus escamas, rivalizaban con los raros matices y colores de las aves que cruzaban por el espacio y revoloteaban en torno suyo.

XIII.

No hallaron en todas aquellas islas más animales

que lagartos, utias, —especie de conejos muy sabrosos,—perros mudos, y guanacos.

Creyeron al pronto los españoles que estos últimos eran dañosos, por parecerse mucho á las serpientes, pero no tardaron en convencerse de que era un animal pacífico, y tambien uno de los más sabrosos manjares con que podrian regalar su paladar en aquellas regiones tan apartadas de su patria.

XIV.

—No hay duda,—se decia Colon, y algunas veces lo decia á los que formaban parte de su estado mayor,—esta isla debe ser la que alberga á ese famoso soberano de que habla Marco Polo, y en sus entrañas debe encerrar el oro que fascinó al viajero veneciano.

Los suyos le creian de buena gana; pero cuantas exploraciones habian hecho hasta entónces habian sido infructuosas.

XV.

No hallaban más que una naturaleza en extremo fecunda, hombres y mujeres sin necesidades de ninguna clase, teniendo su alimento en la mano como suele decirse. Pero el oro, el oro era un mito, era una incógnita que no podian despejar.

A pesar del poco tiempo que hacia que se hallaban á su lado los indios que habian tomado en Gua-

nahani, estos, inteligentes en alto grado, habían conseguido entender á los españoles y hacerse entender de ellos.

XVI.

Dicho se está con esto que les asediaban á todas horas con preguntas para saber dónde se hallaba el oro.

Los indios señalaban el Sur.

Por la primera vez oyó Colon pronunciar el nombre de Cuba, y adivinó que Cuba era el nombre que daban á la isla aurífera que con tanto afán deseaba visitar.

El génio no veía todavía con claridad la luz verdadera.

XVII.

De las señas y gestos de los indios, coligió que la nueva isla á donde pensaba dirigir la proa de su nave, poseía abundantes minas de oro, criaba perlas de las especies más finas y buscadas, y hasta pensó que le dijeron que iban embarcaciones grandes á comerciar con los habitantes de aquella rica isla.

XVIII.

—Esa es Cipango,—se dijo,—los buques del Gran Kan los que van hasta su orilla á comerciar. Es necesario ir allá, examinar su puerto y establecer desde luego entre ella y España relaciones mercantiles.

El hombre es siempre esclavo de la ilusion.

Las canas plateaban la cabeza del ilustre marino y, sin embargo, bajo aquella capa de nieve ardía el sol de la juventud; la ilusion y la esperanza.

XIX.

—No lo dudeis, amigos mios,—decia á los Pinzones y á los demás navegantes que le escuchaban con la boca abierta deseosos de que no se engañara,—buscaremos esa isla, buscaremos después otra que debe estar muy cerca segun indica Marco Polo, Bohio; recogeremos en una y otra grandes cantidades de oro y piedras preciosas, y pasando en seguida al continente indio, después de ocho ó diez dias de navegacion, buscaremos la ciudad de Quinsay, que es una de las capitales más suntuosas, y una vez en ella entregaré al Gran Kan las credenciales que los monarcas de Castilla me han dado para que desempeñara mi embajada y volveremos triunfantes á España á recoger con el aplauso de nuestros compatriotas el premio de nuestro esfuerzo y de nuestro martirio.

XX.

Estas eran las ideas que llenaban la mente de Colon en el momento en que se separaba de las islas Bahamas para dirigirse por primera vez á la isla de Cuba.

Tres dias de suave y apacible navegacion le bas-

taron para llegar sin perder de vista las encantadoras islas de Bahama que hallaba á uno y otro lado de su camino.

Un viento amorosísimo, como dice Colon en sus memorias, henchia las velas y las embarcaciones tomaron el rumbo del Sudoeste.

XXI.

El 28 de Octubre por la mañana llegó á la vista de Cuba, descubriendo la costa oriental que hoy se llama Nuevitas del Príncipe.

Cuba con su inmensa estension, con sus espléndidas colinas que se prolongaban hasta perderse de vista, reclinándose sobre elevadas montañas que iban á confundirse con el cielo, con sus verdes praderas, sus bosques, sus rios, sus golfos, sus radas y sus aldeas diseminadas por todo el panorama, le recordaba los paisajes magníficos de la antigua Sicilia que, con todo el entusiasmo de la juventud, habia visitado antes de salir de su patria.

Mandó arrojar las anclas en un hermoso rio, en cuyas orillas se levantaban frondosos y apacibles árboles que retrataban las ondas transparentes del rio, y desembarcando tomó posesion de la isla con las mismas formalidades que lo habia hecho con las demás, dándola el nombre de *Juana*, en conmemoracion del príncipe D. Juan á quien servia su hijo.

XXII.

¡Cosa extraña! El audaz marino, mientras había luchado con lo desconocido, mientras se había visto amenazado por los que estaban á sus órdenes, mientras había tenido necesidad de desafiar el peligro, ni aún en presencia de los magníficos paisajes, ni aún bajo la influencia de la alegría que despertó en su corazón la realidad de sus sueños, recordó á los seres más íntimamente ligados con su corazón.

Habíase dejado dominar algun tanto por la codicia y la sed de oro, no para él, sino para justificar su empresa, había acallado en su alma los sentimientos más generosos.

XXIII.

Pero ante tantas maravillas, en presencia de aquel sublime cuadro de la creación, la codicia enmudeció, la admiración se enseñoreó de todo su espíritu, á la admiración siguió el sentimiento religioso, é inundando su alma de una fervorosa emoción, después de elevar su plegaria al cielo porque le permitía ser testigo de tanta magnificencia, pensó en lo dichoso que sería si á su lado estuvieran los seres más queridos de su corazón.

Felipa y Beatriz dormían el sueño de la muerte.

Fernando era muy niño aún.

Solo Diego podía comprenderle.

Diego, al separarse de su padre, habia encontrado una Providencia en los reyes de Castilla.

El príncipe D. Juan le tenia á su lado como paje.

El nombre con que bautizó aquella nueva isla, fué la explosion al mismo tiempo de su gratitud y de su amor paternal.

XXIV.

Pocos indios hallaron en la orilla de la parte de la isla en donde desembarcaron.

A la llegada de los buques habian salido dos canoas con cuatro ó cinco indígenas; pero apenas notaron que los botes de las carabelas empezaron á sondar el rio para buscar surgidero, huyeron amedrentados, sin duda, á participar la nueva de la horrible desgracia que amenazaba á los suyos.

XXV.

Despues de tomar posesion de la isla vió Colon á muy corta distancia dos chozas.

Se acercó á ellas, las examinó y vió que estaban abandonadas.

Pero halló en ellas redes perfectamente tegidas, anzuelos y arpones trabajados en hueso, y comprendió desde luego que aquella isla estaba mucho mas adelantada que las demás, puesto que á primera vista hallaba síntomas de industria.

Dispuso el almirante que no se tocase á ningun ob-

jeto de los que habia en la choza, y volviendo á su bote continuó su investigacion rio arriba, contento y satisfecho al recrear sus ojos en la hermosura de aquel espléndido paisaje.

XXVI.

Las selvas que se elevaban á una y otra orilla ofrecian á su vista altísimos árboles de anchas y abundantes copas, llenos unos de frutas, matizados otros de flores.

Sobre todos ellos se levantaban las palmeras que servian á los indios para formar los techos de sus chozas.

Los exagerados elogios que prodigó Colon á la belleza del paisaje, dice muy bien Washington Irving, los justifica el maravilloso cuadro que se desplegaba ante su vista.

Es imposible explicar el esplendor, variedad y pomposa vegetacion de aquellos ardientes y vivificadores climas.

El verdor de las arboledas y los matices de las plantas y las flores forman una beldad que no puede encarecerse; añádase la pura transparencia del aire y la profunda calma de los azules cielos, las florestas tambien llenas de vida, atravesándolas de continuo bandadas de pájaros de brillante plumage, la inmensa variedad de loros y picamaderos que bullen por la selva, las numerosas avecillas que vagan de una flor á otra parecen por su vivo lustre partículas finas del

arco iris y los flamencos, ó fenicópteros escarlataes, que suelen verse tambien por las aberturas de la floresta en algun distante llano, formados en escuadron como los guerreros, con una escucha alerta para dar noticia del cercano peligro, y podrá concebirse toda la belleza de aquel cuadro.

Ni es la seccion menos bella de la naturaleza animada la que encierra tantas tribus de insectos que pueblán todas las plantas, haciendo alarde de sus brillantes cotas de malla que resplandecen como joyas preciosas.

Sublime y grandioso es el esplendor de la creacion animal y vegetal en aquellos climas, en donde un sol ardiente comunica su propio lustre á todos los objetos y vivifica la naturaleza y la llena de exuberante fecundidad.

Las aves no se distinguen en general por su melodía, habiéndose observado que rara vez se junta en ellas la dulzura del canto con la brillantez del plumage.

XXVII.

Observó, sin embargo, que las de varias especies cantaban melodiosamente entre los árboles, y con frecuencia se engañaba creyendo que oía la voz del ruiseñor, pájaro desconocido en aquellas regiones.

XXVIII.

Estaba Colon, en efecto, dispuesto á verlo todo á través de un propicio y favorable medio.

En su corazón rebosaba en la plenitud del júbilo de haber alcanzado sus esperanzas, y el duro, pero glorioso premio de sus trabajos y peligros.

Todo lo contemplaba con la amorosa mirada del descubridor, mezclando la admiración con el triunfo; y es difícil concebir los éxtasis de su ánimo, mientras exploraba y admiraba las gracias de un mundo virginal, ganado por su genio y por lo grande y atrevido de sus empresas.

XXIX.

El sol templado por la altura de las montañas, por la sombra de los árboles, por la corriente de las aguas, fecundizaba la naturaleza sin calcinarla.

La luna y las estrellas reflejaban durante la noche en el río, con luces y cambiantes tan espléndidos, que atenuaban su aspecto lúgubre.

XXX.

Colón condensó la impresión que le producía todo aquel paisaje en un frase tan sencilla como bella:

—Podría vivir eternamente aquí,—exclamó.

En efecto; el clima de aquella isla es más templado que el de las demás, y nada hay más encantador, que una noche en los trópicos; la magestad de aquel cielo azul y diáfano, la pureza y brillantez de las estrellas, la luz resplandeciente de la luna bañando los árboles, los valles, las sierras, constituían un cuadro que se puede concebir sin verle.

XXXI.

¡Cuán léjos estaba entónces de imaginar las furiosas tempestades que en muchas ocasiones combaten, el mar de aquellas islas. Ordinariamente pacífico, cuando llega á irritarse en aquel paraje, nada hay más espantoso que sus iras!

Rompe todos sus diques, inunda los campos, destruye cuanto se le opone, y deja detrás de sí tristes reliquias y desoladores recuerdos.

Es, sin embargo, un hecho comprobado que las ballenas que casi anualmente devastan las Bahamas y otras islas próximas á las de Cuba, muy pocas veces aparecen en este pais privilegiado.

Un verdadero poeta ha dicho que su belleza es tal, que hasta los elementos deponen ante ella su furia, gozándose en contemplarla.

XXXII.

Pero cuanta más belleza descubría Colon en torno suyo, más creia acercarse al Asia.

Algunos de los suyos encontraron en las playas conchas de las ostras que producen las perlas.

Esto aumentó su ilusion, y llegó á imaginar que detrás de las montañas de la isla ó del continente, porque no estaba cierto de si Cuba era ó no tierra firme, hallaría los imperios, la civilizacion, las minas de oro y otras maravillas con que los viajeros entusiastas dotaban al Catay y al Japon.

XXXIII.

No logrando entenderse con los naturales, que se alejaban de la costa á medida que se acercaban los españoles, envió á Pedro Gutierrez, que hablaba el hebreo, y á Alonso Velez que, por haber estado entre los moros sabia el árabe, en busca de las fabulosas ciudades de aquella tierra, para que averiguasen donde se hallaba el soberano.

Estos dos embajadores salieron cargados de presentes para los indígenas, y con orden de no entregarlos más que á los que les dieran oro.

XXXIV.

Durante el viaje, Colon lo mismo que los marineros, fascinados por la codicia, en unos más dispensable que en otros, se entregaron á fantásticas ilusiones.

Pero los enviados no tardaron en volver á las carabelas sin haber descubierto en el camino más que chozas diseminadas en medio de una pródiga vejetacion, adornadas con flores y acariciadas por deliciosos perfumes.

Lo único que habian logrado á fuerza de regalos, era que les siguiese uno de los naturales.

XXXV.

Aquel corto viaje de exploracion sirvió á los euro-

peos para darles idea de una costumbre que no conocían, y que hoy se llama vicio por el abuso que de ella se hace.

Los europeos acababan de descubrir el tabaco, planta que, seca y madura, envolvían los indios en hojas de maiz,—ni más ni ménos que nosotros la envolvemos en el papel,—encendiendo una de las puntas, y aspirando el humo por la otra.

Interrogó Colon como pudo, al indio que le trajeron Gutierrez y Velez, y por sus indicaciones se figuró que le queria decir que hacía el Occidente de la isla, costeándola, hallaría la magnífica ciudad del rey.

XXXVI.

Emprendió este viaje, desembarcando de cuando en cuando, para visitar los paises que le parecían más dignos de atencion.

Las casas que habia estaban construidas con ramas de palma formando pabellones.

No formaban calles, pero los muebles y objetos que habia en las chozas demostraban que habia más arte y civilizacion que en las islas que habian dejado atrás.

XXXVII.

Todas ellas estaban en extremo limpias, y en algunas habia rudas estátuas y máscaras de madera entalladas con mucho arte.

Notando que en todas estas viviendas habia instrumentos de pesca, supuso que la costa estaba solo habitada por pescadores, y continuó su viaje al Noroeste descubriendo dos ó tres dias después un gran cabo que llamó de las *Palmas*, por estar cubierto de palmeras.

XXXVIII.

Este cabo forma la entrada oriental de lo que hoy se llama Laguna de Moron.

En tanto que el almirante se desesperaba al ver que sus conjeturas salian fallidas, tenia lugar á bordo de la *Pinta* una escena entre Martin Alonso y tres indios de la isla de Guanahani que iban en su compañía.

Capítulo VIII.

La desercion de la Pinta.

I.

Rodrigo de Triana, que iba constantemente al lado de los indios de la *Pinta*, les dirigió varias preguntas, y participando de la ilusion que se habia apoderado de la imaginacion de todos los europeos, al hallarse en presencia de tantas maravillas, se figuró que al señalarle ciertos parajes, le habian dado á entender que allí habia mucho oro.

Comunicó esta noticia á Martin Alonso Pinzon, y su capitan dispuso que los indios se presentaran á él.

II.

De la escena mimica que sostuvo con ellos coligió que les quedaban cuatro dias de camino para llegar á Cubanacan.

Estas palabras que oyó pronunciar repetidas veces á los indios, le hizo creer que lo que encontraría al cabo de cuatro días de camino era la corte de Cublai-Kan, ó soberano inferior.

Como que tambien se guiaba por el mapa de Toscanelli y habia recibido de Colon todas las ideas respecto de la costa de Asia, tradujo las incomprensibles palabras de los indios y sus indicaciones mímicas, creyendo que Cuba no era una isla, sino tierra firme, que se extendia hácia el Norte, y que el rey que la dominaba sostenia guerra con el Gran Kan ó emperador del celeste imperio.

III.

Nada más léjos de la intencion de los indios que comunicarle estas noticias.

Habian pronunciado, en efecto, la palabra Cubanacan, pero nacan queria decir en su lenguaje centro, y lo que aquellos habian manifestado era que necesitaba cuatro dias para llegar al centro de la isla.

Pero Alonso Pinzon, seguro de haberles entendido, comunicó á Colon aquellas noticias, y sustituyó su ilusion de la isla de Cipango, con otra no ménos lisonjera.

En efecto; creyó que habia llegado al continente de la India, como él decia, y se figuró estar cerca de Mangui y Cathay.

IV.

Partiendo de este falso supuesto, buscó los medios de hallar el rio que debia conducirle al paraje que le habian indicado los indios.

Pero cuanto hizo para hallar el camino fué inútil.

Siempre encontraba cabos, no hallaba banco alguno, y por otra parte, se levantó un fuerte viento contrario, que le obligó á guarecerse en un punto abrigado, dónde habia estado dos ó tres dias antes.

V.

El dia 1.º de Noviembre envió sus botes á la playa, y en ellos algunos marineros con el encargo de explorar el terreno.

Las chozas estaban desiertas.

—Sin duda se han figurado que nuestras carabelas son una de las expediciones que envia á menudo el Gran Kan para coger esclavos,—pensó Colon.

Por su parte mandó otro bote á la orilla é hizo que fuese un indio de intérprete, encomendándole que anunciase á los habitantes del país las pacíficas y bienhechoras intenciones que les animaban.

VI.

¡Espectáculo extraño!

El gran conquistador del Nuevo Mundo, en aque-

llos momentos, por sus creencias falsas, por sus exageradas ilusiones, se asemejaba al tipo eterno, de quien dos siglos después, nos dió tan admirable retrato el gran Cervantes!

El indio poniéndose de pié sobre el bote comenzó á dar grandes gritos, á los que acudieron algunos de los habitantes de la costa que se habian guarecido en los bosques.

Al verlos se arrojó al agua y se encaminó á la orilla.

VII.

Los indígenas se acercaron á él, conversaron unos y otros largo tiempo, y logró tranquilizarlos por completo; puesto que al anochecer rodeaban muchas canoas las carabelas, y los indios que iban en ellas se apresuraban á ofrecer á los españoles objetos de algodón y otros artículos de los productos naturales de su país.

Ninguno de ellos iba adornado con zarcillos de oro, y creyendo Colon que ocultaban aquel metal precioso; para obligarles á que se lo llevaran á bordo, prohibió á los suyos comerciar con ellos en los demas productos del país.

VIII.

Sólo un indio llevaba en las narices una pieza de plata labrada.

Este habló con Colon, y el almirante supuso

que le decia que el rey vivia como á unos cuatro dias de distancia en el interior del país, que le habian enviado muchos mensajes anunciándole la llegada de los estrangeros á la costa, y que no tardarian en recibir órdenes de él respecto de cómo habian de tratarlos.

Apropiando á su ilusion las mal interpretadas palabras de los indios, y poseido de un vivo deseo de apresurar su marcha á la córte del Gran Kan, decidió no esperar la llegada de los enviados del rey, y dispuso que dos embajadores suyos, fuesen á visitarle en su nombre.

IX.

Aquella vez escogió á Rodrigo de Jerez y á Luis de Torres.

Este último era un judio renegado que sabia el hebreo, el caldeo y el árabe.

Natural era que un príncipe oriental, como se le imaginaba Colon, pudiese comprender alguno de estos idiomas.

Acompañáronle dos indios, uno de ellos de Guanahani; el otro era el del adorno de plata en las narices.

Dió á los embajadores sartas de cuentas y otros varios objetos de escaso valor, y les encargó que comunicasen al rey, que habia llegado hasta allí para presentarle una carta de los monarcas de Castilla y establecer con él relaciones amistosas.

Encargóles asimismo Colon que examinasen la situacion y la distancia de las provincias, puertos y rios

que en su concepto y con arreglo al mapa que les servía de guía, debían hallar en el camino.

Para efectuar su viaje y dar la vuelta se les concedieron seis días.

X.

Mientras tanto que los calafates carenaron y repararon las embarcaciones, Colon con algunos de los suyos recorrió en los botes el rio, y desembarcando en un sitio que le pareció digno de exámen, subió á la cumbre de una colina desde donde creyó que podría dominar el interior de aquel continente.

XI.

La gigantesca vegetacion que se desarrollaba en todo aquel espacio le impidió realizar su deseo.

Ansioso de hallar oro y piedras preciosas, mostró á los indios que hallaba á su paso oro y perlas que llevaba de Europa, y creyó entenderlos que hácia el Sudoeste habia un pais cuyos habitantes adornaban su cuello y brazos con metales y piedras como aquellas.

XII.

Al mismo tiempo mezclaban estas noticias con extravagancias, ó por lo menos tal parecían á Colon y á los suyos, puesto que indicaban que en aquellós países donde nacía el oro y habia piedras preciosas, se

hallaban hombres que solo tenían un ojo, y otros con cabezas de perro.

Como la raza á que se referían los indios eran los caribes que de cuando en cuando llegaban á su isla para asolarla, nada de estraño tiene que los considerasen como mónstruos, y que al describirlos exagerase la pintura el terror de que se hallaban poseidos.

XIII.

Al carenar los buques para calentar la brea, tomaron los marineros leña de la que había más próxima.

Después de examinarla se convencieron de que era almáciga.

Llamaron la atención de Colon sobre esto, y convencido de que no se engañaban pensó por de pronto que podrian reunirse allí todos los años lo menos mil quintales de esta preciosa goma.

XIV.

En sus investigaciones vegetales descubrió la patata, humilde raiz poco apreciada entónces como dice muy bien un historiador, pero que después ha sido más preciosa aun que el oro, y las especias del Oriente, que aquellos navegantes querían hallar en los parajes que visitaban.

El 6 de noviembre regresaron Rodrigo de Jerez y Luis de Torres con los indios, y á su llegada se reu-

nieron en torno suyo sus compañeros ávidos de saber lo que habian visto.

XV.

—¡Atencion, atencion!—dijeron todos guardando silencio enseguida para oir á Rodrigo de Jerez que fué el primero que dió cuenta de la mision que habia desempeñado.

—Apenas nos separamos de la orilla,—dijo,—anduvimos á través de bosques muy espesos unas once ó doce leguas, y llegamos á un lugar formado por unas cincuenta casas, como las de la costa, pero algo mayores.

En todas ellas debian albergarse unos mil habitantes.

Recibidos con la mayor solemnidad, nos condujeron á la mejor casa, nos hicieron sentar en una especie de taburetes entallados figurando cuadrúpedos, y formados de una sola pieza, nos ofrecieron frutas y legumbres y después de cumplir estos deberes de cortesía y hospitalidad tomaron asiento sobre el suelo enderredor nuestro y se aprestaron á oir lo que teniamos que decirles.

Aquí fué ella.

—En efecto,—añadió Luis de Torres,—yo les hablé en hebreo, en caldeo y en árabe, pero no me entendian y en esta situacion hice señas al indio de Guanahani, para que les participara quiénes éramos y el objeto que llevábamos.

Hablóles este entónces, y sin duda ensalzó nuestro poder, nuestra liberalidad, porque al acabar nos miraron los indios con veneracion.

—Algunos de ellos hasta nos tocaban el rostro y los vestidos, y no pocos besaban nuestros piés y nuestras manos cómo si fuéramos sus ídolos. Terminada esta ceremonia, se alejaron los hombres, y entraron las mujeres, las cuales, á su vez, les adoraren de la misma manera.

—Lo único que hemos notado, es que hay entre ellos ciertas gerarquías, un jefe al que obedecen todos, y esto es lo único que les diferencia de los habitantes de las demás islas que hemos visitado.

—¿Pero no habeis hallado al principe, al soberano de estas tierras?—dijo Colon.

—No hay más córte que el pueblo de las cincuenta casas, ni más soberano que el indio en quien hemos creido ver su jefe. Ni el menor vestigio de oro ni otros preciosos metales hemos hallado en todo el camino, y al preguntar por estos objetos á los indios, nos han indicado que los hay muy léjos, hácia el Sudoeste.

XVI.

De nuevo quedaron defraudadas las esperanzas de Colon, y determinó ausentarse de aquella costa.

Pero al notar su resolusion los habitantes de la isla que le rodeaban, manifestaron gran sentimiento por su partida, pidiéndole que pasase con ellos algun tiempo.

Al ver que no lograban sus deseos, muchos de ellos se decidieron á acompañarles, imaginando sin duda que iban á remontarse al cielo.

Colón sólo llevó á uno de los principales indios de aquella costa y un hijo suyo, y habiendo oido repetidas veces pronunciar á los indios las palabras Babeque y Bohio, le pareció que le dijeron que hácia el Oriente se recogia mucho oro.

XVII.

Por la noche, á favor de la luz de las antorchas de un país que allí veía, dispuso inclinarse hácia aquel sitio.

La predisposición del almirante á traducir en un sentido favorable á sus ilusiones, las palabras que oía pronunciar, le hacia creer que Bohio era el nombre de una isla, cuando en el idioma indígena sólo significaba *casa*, y querian indicarle los indios que en el paraje que le indicaban habia muchas, buscó aquella isla ilusoria.

Antes de apartarse de aquella isla, decidió enviar á España algunos indios, con el objeto de que aprendiesen el idioma español y pudieran servir de intérpretes en los futuros viajes.

Haciendo una concesion á la naturaleza, los llevó de ambos sexos.

XVIII.

Eran tales los sentimientos religiosos que el entu-

siasmo despertaba en su alma, que la idea de convertir á todos aquellos salvajes y hacerles comprender la verdadera fé, lo consideraba como uno de los triunfos más gloriosos que le estaba reservado alcanzar.

Las investigaciones que habia hecho para averiguar cuál era su religion, le habian demostrado que apenas profesaban religion alguna.

Observaban con la mayor veneracion y reverencia las ceremonias religiosas de los españoles, las repetian, y muchos de ellos hacian la señal de la cruz con edificante devocion.

XIX.

Las únicas nociones que tenian, eran las de que el alma es inmortal, de que al separarse del cuerpo volaba á los bosques y á las montañas, y vivia perpetuamente en las cavernas.

No suponian que se perdiesen las necesidades corporales después de la muerte.

Al contrario; creian que al vagar en los bosques y montañas, lo mismo que al guarecerse en las grutas, encontraban toda clase de alimentos.

Los ecos los consideraban como voces de los espíritus, que respondian á aquellos con que sus hermanos vivientes les llamaban.

XX.

El 12 de Noviembre se dirigió Colon hácia el

Este-sud-este para retrogradar en dirección á la costa.

En aquellos momentos podia muy bien, tomando otra dirección, convencerse del error que padecía, bien navegando para la costa de Florida, ó tocando en la costa opuesta de Yucatan, con cuyo motivo hubiera anticipado el descubrimiento de Méjico.

Pero la Providencia tenia reservada esta gloria al inmortal Hernan-Cortés.

Navegó, pues, durante algunos dias á lo largo de la costa sin detenerse á explorarla, no descubrió en ella ninguna ciudad poderosa, y al llegar á un gran cabo, que denominó cabo de Cuba se dirigió á la soñada isla de Babeque.

XXI.

El viento arreció de tal manera, y se embraveció el mar con tal furia que no tuvo más remedio que guarecerse en un profundo y seguro puerto al que dió el nombre de Puerto-Príncipe.

Allí trascurrieron para él algunos dias explorando con auxilio de las lanchas un archipiélago de reducidas, pero encantadoras islas que se hallaban muy poco separadas unas de otras, archipiélago al que dió el nombre de Jardín del Rey.

XXII.

El golfo que rodeaba estas islas recibió el nombre de Mar de Nuestra Señora.

Como las demás que habia visto hasta entónces estaban pobladas de gigantescos árboles entre los que abundaban la almáciga y el aloe.

En Puerto-Príncipe subió á una elevada montaña y colocó en ella una cruz, signo convencional que ponía en todas las islas que tomaba, como símbolo de la posesion.

XXIII.

Apaciguada la furia de las olas resolvió proseguir su marcha.

El viento soplaba del Oriente, viró hácia el Nordeste y al anochecer se habia alejado ya unas seis ó siete leguas del puerto del Príncipe.

Desde aquella altura descubrió tierra como á unas sesenta millas de distancia y creyó por las señas que los indigenas le hicieron que era la deseada isla que buscaba.

XXIV.

Prosiguió el mismo camino, el viento le fué favorable, pasó por cerca de la Isabela en donde no quiso desembarcar para que no se fugasen los intérpretes indios de Guanahani que llevaba á su lado, lo cual no hubiera sido difícil porque aquellos empezaban á experimentar la nostalgia; al pasar cerca de su patria le dirigian miradas llenas de profunda tristeza y pronunciaban frases que no podian entender los europeos, pero que podian traducirse por un adios sentido á aquella tierra en donde habian visto la luz.

De pronto el mar tomó una actitud amenazadora y ante el peligro determinó Colon volver á Cuba.

XXV.

Era ya de noche y dispuso que se colocara en el palo mayor de la *Santa María* una linterna encarnada que debia servir de señal á las otras dos carabelas para que la siguiesen.

La *Pinta* se hallaba á bastante distancia.

Colon mandó repetir las señales, pero sin obtener resultados.

Ya muy entrada la noche acortó vela y se mantuvo todo lo que pudo á la capa.

XXVI.

Al romper el alba pudo ver cerca de él á la *Niña*.

Pero la *Pinta* habia desaparecido.

—¡Traicion, traicion!— gritaron todos los que iban en el navio almirante.

Colon al pronunciar esta palabra habia presumido, en efecto, que la desaparicion de la *Pinta* era un acto alevoso de su segundo Alonso Martin Pinzon.

¿Cuál era la causa de este imprevisto acontecimiento?

Vamos á saberlo.

Capítulo IX.

Los proyectos de Pinzon.

I.

Antes de pasar adelante, conviene bosquejar un poco más la figura de Martin Alonso Pinzon, para que se comprenda á qué sentimiento habia obedecido al cometer aquella felonía con su jefe y amigo.

Martin Alonso pertenecia á una familia de marinos, rica y de gran prestigio en el puerto de Palos.

Desde niño habia emprendido viajes á todos los puntos conocidos de Oriente á dónde podian llegar las embarcaciones, y habia adquirido su imaginacion un gran desarrollo, al mismo tiempo que la sed de riquezas se habia apoderado de su alma.

Las largas temporadas que habia pasado en el mar, su vida independiente y en cierto modo aventurera, habian dado á su carácter esa fiereza, esa ener-

gía que se adquiere luchando y venciendo, y puede decirse que, si duro era su cuerpo, más duro era aún su corazón.

II.

Posteriormente se ha llamado á los marinos de la raza á que él perteneció, con el característico nombre de lobos de mar.

La codicia habia llegado á ser su pasion dominante.

Poseer cuatro ó cinco bajeles de alto porte, ser una especie de reyezuelo en el mar, y al regresar á tierra verse rodeado de todas las magnificencias del lujo, de todas las comodidades que habia visto disfrutar en los paises que habia visitado, era su único afan.

III.

A fuerza de vivir la mayor parte del tiempo en el mar, habia adquirido esa indiferencia que para todos los sucesos del alma suelen encontrar los marinos que están siempre obligados á vivir léjos de los seres á quienes el afecto une á su alma.

No era, pues, ni un modelo de hijo, ni un modelo de hermano.

IV.

El único sér que despertaba en su alma algun afecto, era su esposa, mujer dotada de grandes atractivos y de un carácter angelical.

Tal vez esta era la causa del amor que la profesaba.

Afectuosa con él, obediente, tímida, se amoldaba á los caprichos y á las extravagancias de Martin Alonso, y este habia llegado á quererla como quieren los fuertes á los débiles.

Sin sentir habia ido poco á poco enamorándose de ella, y su mayor deseo era reunir algun dia las suficientes riquezas para poder vivir en una córte con ella, y lograr que con su lujo y sus encantos eclipsase la belleza y la esplendidez de las más ilustres damas.

V.

Pero la codicia era superior en él al amor.

Por eso desde el primer momento en que conoció á Colon y le oyó hablar en el convento de la Rábida, desde que el ilustre marino genovés desarrolló á su vista el ilusorio porvenir que los escritos de Marco Polo y el mapa del florentino Toscanelli le habian hecho concebir y desear, Pinzon, con bastantes conocimientos náuticos para comprender y apreciar las razones de Cristóbal Colon, experimentó al mismo tiempo un vivo deseo de encaminarse á aquellas tierras desconocidas para encontrar en ellas mucho oro y realizar sus sueños.

Con tal de conseguir este triunfo, nada le importaba arriesgar una parte de su fortuna, y por esto brindó á Colon los recursos que aceptaron los reyes,

y que contribuyeron á activar los preparativos de la expedicion.

Colon, además de la aureola del génio, tenia á sus ojos la de la proteccion que le brindaban los reyes, y no se creia deshonrado, ni con mucho, embarcándose á sus órdenes.

VI.

Durante los momentos de duda que tantas veces asaltaron á los navegantes en la travesía, sintió renacer en su espíritu la soberbia, queria mandar, se consideraba superior á Colon; pero por más indicaciones que hacia, no lograba quebrantar la voluntad de hierro del almirante, y los momentos de esperanza que aumentaban su prestigio, venian á darle ánimos para seguir obedeciendo.

Muchas veces, sin embargo, pasaba por su mente la idea de disfrutar por sí sólo las ventajas de aquel descubrimiento.

VII.

—¿Quién me manda continuar á sus órdenes?—se decia.—¿Por ventura no he podido yo lo mismo que él, venir á estos mares y descubrir estas tierras? ¿No soy yo capitan de una embarcacion? ¿No se muestran los naturales del pais agradecidos á nuestros agasajos, contentos de nuestra llegada? ¿Acaso se necesitan fuerzas para combatirlos? No, de ningun modo.

Otra idea más terrible aún, le perseguia á veces.

VIII.

—Si Colon pereciera,—pensaba,—yo seria el jefe natural de la expedicion ; yo quien volviese á España á dar cuenta de los descubrimientos que hemos hecho ; yo quien participase de todos los beneficios que á él le están reservados. Y ¿por qué no ha de sucumbir? ¿Acaso no habrá medio de acabar con su vida?

Pero esta idea fatal no encontraba eco en su corazón, porque aunque avaro, inflexible y poco generoso, tenia tal prestigio sobre él el almirante, que no ya atentar á su vida, sino pensar en destruirle, le parecia una profanacion.

IX.

—Sin recurrir á esos medios,—se decia,—puedo muy bien lograr mi objeto. Mi nave es muy velera. ¿Porqué no me separo de las otras dos embarcaciones? ¿Por qué no voy por cuenta mia sin detenerme en investigaciones estériles á buscar el pais de las minas de oro? ¿Por qué con los tres indios que llevo á mi lado, con algunos otros más que puedo recoger y con las crecidas cantidades de oro de que puedo apoderarme no vuelvo á España ántes que Colon y disfruto ántes que él la gloria que le aguarda, el premio que le está reservado?

X.

Estos pensamientos le atormentaban precisamente cuando Colón mandaba colocar en el mástil de la *Santa María* las linternas encarnadas para significar á los dos capitanes de la *Pinta* y la *Niña* que fueran á reunirse con él virando por completo.

Iba á obedecer la orden cuando uno de los indios acercándose á él y señalando el adorno de oro y piedras que tenía Martín Alonso en su birrete, pronunció algunas frases que no pudo comprender el capitán de la *Pinta* al mismo tiempo que con la otra mano señalaba un punto distante hácia el Oriente como dando á entender que allí había en abundancia oro y piedras preciosas.

XI.

Se acercaban al verdadero término de su viaje y Colón, obcecado, desistía de seguir adelante.

No había duda para Pinzón.

La Providencia protegía su pensamiento y al mismo tiempo que cerraba los ojos del almirante abría los suyos.

XII.

—No, no le seguiré,—se dijo,—continuaré mi camino y llegaré hasta donde se halla ese rico tesoro que hemos venido á buscar.

Y cuando los tripulantes de la *Pinta* le anunciaron la señal que habia hecho la *Santa María*:

—¿No comprendéis lo que eso quiere decir?—exclamó.

—Sí,—contestaron,—quiere decir que retrocedamos.

—Pues bien, ha llegado el momento de que os hable con franqueza. Colon quiere que retrocedamos porque ha sabido lo que yo acabo de saber, que á muy corta distancia de nosotros y siguiendo la direccion á que nos empuja el viento encontrará el oro, las perlas, los productos que hemos venido á buscar, y querrá sin duda que nos quedemos atrás nosotros y los de la *Niña* para poder llegar él solo y alcanzar una gloria que debe ser de todos.

Pero podemos defraudar su intento; desobedecemos su orden; sigamos adelante; lleguemos á esa tierra de promision y apoderémonos allí de todo el oro, y partamos entre nosotros estas riquezas que de otro modo no serian para nosotros porque ya habreis visto que Colon ha dispuesto que todo lo que se recoja sea para los reyes de Castilla.

Después de obtener este triunfo partiremos á España, revelaremos la verdad, conquistaremos la gloria que él quiere para sí y que no merece, y nuestra recompensa será grande, sin perjuicio de que podremos volver una y mil veces á este país á buscar piedras y metales preciosos, que sino en España, vendremos ventajosamente en Europa. ¿Quereis seguirme?

—Sí sí,—gritaron todos.

—Ya veis que nuestra nave puede virar al barlovento con mucha facilidad y que en vano tratarán de seguirnos.

XIII.

Resueltos y entusiasmados todos siguieron entonces las espumosas olas del mar con dirección al Occidente, y se separaron de sus hermanos cometiendo una verdadera infamia.

Natural era que Colon se indignase al ver aquella desercion.

No solo la consideraba como una desobediencia perniciosa, sino que presentia un designio siniestro en Pinzon al llevarla á cabo.

Aquello era señal de que Pinzon ó pretendia apoderarse del mando de la escuadra y de todas sus ventajas ó que intentando arrebatarle la gloria que habia alcanzado se disponia á volver á España para obtener los plácemes y los beneficios que le pertenecian.

Guardóse muy bien por lo tanto de manifestar Colon su indignacion á los suyos.

XIV.

Cuando le dijeron que la *Pinta* habia desobedecido:

—No lo creais,—repuso,—tenia una órden secreta mia para recorrer las costas que nosotros no hemos podido visitar. No pasará mucho tiempo sin que vuelva á hallarse á nuestro lado.

Dadas las condiciones del navío almirante era de todo punto imposible perseguir á la *Pinta* mucho y menos anticiparse á su llegada á España.

XV.

—La Providencia es justa,—dijo Colon,—bajo su amparo deposito mi santa causa.

Y manifestando una presencia de ánimo, una tranquilidad, una confianza que no tenia, continuó su rumbo hácia la isla de Cuba con el objeto de aprovechar para explorar las costas en el tiempo que tardase en volver viento favorable.

Capítulo X.

La Española.

I.

El 24 de noviembre dobló de nuevo el cabo de Cuba y se detuvo en un puerto formado por la desembocadura de un río al que dió el nombre de Santa Catalina.

Aquel río se deslizaba entre fértiles prados y las montañas que le rodeaban estaban pobladas de árboles entre los que descubrió altos pinos—que podían servir de mástiles á las grandes embarcaciones—y robustas encinas.

Los marineros que se arrojaron al agua encontraron en el fondo del río algunas piedras con venas de oro.

Algunos días más empleó Colon en costear la isla, y en uno de ellos halló un cómodo puerto al que dió el nombre de Puerto Santo.

II.

La descripción que de él hizo en sus cartas es una prueba más de la emoción que producía en su alma el sublime espectáculo de la naturaleza.

«La amenidad del río,—dice,—la claridad del agua, en la cual se veía hasta la arena del fondo y multitud de palmas de varias formas, las más altas y hermosas que he hallado, y otros infinitos árboles altos y verdes; el armonioso canto de sus aves, el verdor de sus campiñas, serenísimos señores, hacen que este país sobrepase en lo ameno, deleitoso y pintoresco, á todos los demás países del mundo conocido, como el día en luz á la noche: por lo cual solía yo decir á mi gente muchas veces, que por mucho que me esforzase á dar entera relación de él á vuestras altezas, no podría mi lengua decir toda la verdad; ni mi pluma escribirla: y cierto que yo he quedado asombrado viendo tanta hermosura, que es superior á todo encantamiento.»

III.

El 5 de Diciembre llegó Colón al término oriental de Cuba, experimentando grandes dudas al llegar allí, acerca del camino que debía tomar.

Hacia el Sudoeste descubrió una inmensa sombra formada por una gran extensión de tierra surcada de montañas.

Los indios pronunciaron muchas veces al verla la

palabra Bohio, y Colon tradujo que el país que descubria era abundante en oro.

IV.

Apenas vieron los indios que se dirigia hácia allí, manifestaron el mayor terror, y cayendo á los piés del almirante, parecian pedirle que se detuviera dando á entender que los habitantes de aquellas tierras eran en extremo crueles, y devoraban á los prisioneros.

Aquella isla era la isla de Haiti.

V.

Si no la hubiera descubierto y hubiera continuado su camino, hubiera hallado el continente; pero el archipiélago americano, seduciéndole al llevarle á aquella isla, parecia separarle de exprofeso del punto que buscaba, y del que tan cerca habia llegado á estar.

El fantasma del Asia que le habia conducido al borde de la América, se interpuso entre la América y él para hacerle seguir una quimera y apartarle de la realidad.

VI.

Al pronto los habitantes de la isla huian al ver aproximarse á sus orillas las embarcaciones europeas.

Colon, que deseaba establecer relaciones con los indios, mandó seis hombres á explorar el terreno, y



CRISTÓBAL COLON.—Y la llevaron como presea de su triunfo
à presencia del Almirante.

cuando volvieron dijeron que habian hallado chozas y restos de hogueras, que demostraban estar poblados aquellos alrededores.

Pero los habitantes se habian refugiado despavoridos en las montañas.

VII.

El 12 de Diciembre, con gran solemnidad, colocó Colon una cruz á la entrada del puerto para tomar posesion de la isla; algunos marineros en los botes la costearon un poco, y vieron muchos indigenas que al notar que se acercaban, se dispersaron.

Los marineros atracaron el bote, y pisando tierra, comenzaron á correr detrás de los indios.

Sólo pudieron apoderarse de una jóven india, la cuál condujeron al bote y la llevaron como presea de su triunfo, en presencia del almirante.

VIII.

La jóven iba completamente desnuda, indicio de que la civilizacion no habia penetrado en aquellas tierras.

Pero llevaba un adorno de oro como no lo habian visto en ninguna otra de las de su raza, que ellos se habian dejado atrás, y esto les hizo concebir nuevas esperanzas de hallar el metal que tanto ambicionaban.

Aquella pobre jóven estaba amedrentada.

IX.

Colon no tardó en disipar su miedo.

Mandó que la vistiesen, la ofreció cuentas, anillos de bronce, cascabeles y otra porcion de objetos análogos, y después de agasajarla de este modo hizo que la llevaran á tierra acompañada de algunos marineros y de dos intérpretes indios.

Sin saberlo conquistó Colon á todos los habitantes de la isla, con los obsequios que habia hecho á la jóven.

Mostróse tan satisfecha con los dones que habia recibido, y con el bondadoso trato de Colon que parecia sentir separarse de aquel hombre.

Los que fueron á acompañarla volvieron tarde, porque el lugar donde tenia su morada la india estaba algo léjos.

X.

Al dia siguiente mandó Colon nueve hombres bien armados, con un indio para que les sirviera de intérprete, é internándose los europeos encontraron la poblacion á cosa de cinco leguas del Sudeste, situada en un valle á la orilla del rio.

En ella contaron hasta mil casas, pero todas abandonadas, porque sus moradores habian huido al ver que se acercaban.

El intérprete indio apaciguó su miedo, d'jóles que

los extranjeros llegaban de la mansion celeste y recorrian la India brindando preciosos regalos.

Esto tranquilizó á los indios, y aunque con lentitud, se atrevieron á acercarse á los españoles; pero siempre con el mayor respeto.

XI.

No tardaron en llegar nuevos indios y al frente de ellos el esposo de la india que la tarde anterior habia estado á bordo de la *Santa Maria*.

Sus compatriotas le llevaban en triunfo sobre sus hombros, y manifestó á los europeos la inmensa gratitud que sentia por la bondad con que habia sido tratada su compañera, y los agasajos de que habia sido objeto.

Con los enviados de Colon regresaron á la playa, y cada cual llevó su ofrenda al almirante.

Las mejores relaciones se establecieron entre ellos, y lo único que parecian sentir Colon y su gente, era no haber hallado ni indicios siquiera, de las riquezas que soñaban encontrar en la isla.

XII.

Y sin embargo, la verdadera felicidad existia en ella.

Aquella tierra nueva, risueña, fecunda, inmensa, cubierta por una atmósfera de cristal y bañada por un mar cuyas ondas exhalaban deliciosos perfumes,

se le figuró que era la isla maravillosa separada del continente de las Indias, que buscaba desde el principio de su peregrinacion á costa de tantos riesgos, dándola el quimérico nombre de isla de Cipango.

Pero sus cimas se elevaban sobre valles fantásticos, y sus faldas caian formando anchos y verdes prados.

A juzgar por el movimiento que se notaba en su costa, debía tener una gran poblacion.

XIII.

Dejando el puerto de San Nicolás, se inclinaron hácia el Norte de la isla, costeáronla, y descubrieron un fértil y anchuroso valle que corria hácia el interior, encerrado entre dos montañas.

Permanecieron detenidos en un puerto, al que dieron el nombre de la Concepcion, durante algunos dias y al dedicarse á pescar, encontraron especies de pescados de los que conocian en España.

No les era tampoco desconocido el canto de los pájaros que revoloteaban en torno de los mástiles de las embarcaciones ó que se posaban en las arboledas que habia en la misma orilla del mar.

Una y ótra cosa recordándole su querida patria, inspiró á Colon el pensamiento de dar á aquella isla el nombre de isla Española.

XIV.

Apenas descubrieron las embarcaciones, los na-

turales del país, sencillos, cariñosos, hospitalarios, cándidos y respetuosos, acudieron en tropel á la orilla considerando á los europeos como criaturas de una naturaleza superior y que un designio celeste les enviaba desde los límites del firmamento para ser adorados por ellos como si fueran dioses.

XV.

Una poblacion numerosa y feliz cubria entónces las llanuras y los valles de Haiti.

Los hombres y las mujeres eran tipo de fuerza y de gracia.

La paz perpétua que reinaba entre ellos daba á su fisonomía una espresion admirable de dulzura y de bondad.

Sus leyes eran los instintos benévolos de su corazon que se conservaban en sus tradiciones y en sus costumbres.

Parecia un pueblo en la infancia, cuyos vicios no habian tenido aun tiempo de desarrollarse, siendo gobernado por la inspiracion de su inocencia.

XVI.

Tenian, sin embargo, rudimentos de agricultura, de horticultura y de arte, y poseian los medios de atender á las primeras necesidades de la vida.

Los campos estaban admirablemente cultivados. Sus elegantes moradas formaban aldeas en medio

de las selvas y árboles cargados de fruta rodeaban los rios ó los manantiales.

Sus trages, más que para librarlos de la intemperie para servirles de adorno, se componian de tegidos de algodón, trenzas de pluma y toneletes cortos.

Su gobierno era sencillo y natural como sus ideas.

Era la familia aumentada por la continuidad de generaciones, pero siempre agrupadas en torno de un jefe hereditario al que llamaban el cacique.

Las costumbres, constituciones no escritas, pero inviolables, como una ley divina eran el consejo de estos reyes.

En estos residía la autoridad paternal.

En sus vasallos el amor filial.

XVII.

Los naturales de Cuba y de Guanahani que Colon habia embarcado con él para que le sirvieran de guias y de intérpretes en aquellos mares, comprendian algo el lenguaje de los europeos y estos á su vez comprendian á medias el de los habitantes de la isla Española, á la que consideraban como una rama separada de la misma raza humana, razon por la cual no tardaron en establecerse relaciones de inteligencia entre Colon y el pueblo á que acababan de llegar.

XVIII.

Los pretendidos indios continuaban agasajando á

los españoles con su pan de cazabe, sus sabrosas frutas, sus pescados, sus pájaros domesticados, las flores y plumas de bananos que poseían.

«La naturaleza,—escribía Colon en sus memorias,—es en este país tan pródiga que la propiedad no ha inspirado el sentimiento de la avaricia ni de la concupiscencia.

»Los hombres parecen vivir en una edad de oro, felices y tranquilos en medio de jardines sin límites que no están separados los unos de los otros por muros ni por empalizadas.

»Consideran como un malvado al que se complace en hacer mal á otro; el horror de los buenos á los malos constituye toda su legislación.

»La religion está fundada en el sentimiento de inferioridad, de gratitud y de amor hácia el ser invisible que les ha prodigado la vida y la ventura.»

¡Misterios de la Providencia!

Colon quiso llevar al Nuevo Mundo la virtud y la vida, y á pesar suyo sólo sembró el esterminio y la muerte!

XIX.

El 14 de Diciembre hizo Colon otra tentativa para buscar la isla de Babeque, pero vientos contrarios se opusieron á su voluntad.

Visitó sin embargo, una isla que estaba enfrente de la Concepcion, tan abundante en tortugas, que la denominó isla de las Tortugas.

No era menos bella que las que habia visto hasta entónces.

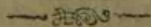
A uno de sus valles le bautizó con el nombre de Valle del Paraiso y con el de Guadalquivir á uno de sus ríos en memoria del que tantas veces habia visto durante su estancia en Córdoba y Sevilla.

XX.

Habiendo huido al aproximarse los españoles los naturales de la isla que acababa de descubrir, renunció Colon á visitarla y regresó á la Española.

Poco después de su llegada recibió la visita del jóven cacique de la isla, á quien ántes no habia podido conocer y á quien todos los suyos daban gran importancia.

Sus relaciones con Colon y la historia de este soberano son demasiado interesantes para que no las consagremos un capítulo aparte.



Capítulo XI.

Haiti.

I.

Ya hemos dado una idea de la isla de Haiti.

Pero no conocemos ni el origen, ni las costumbres, ni la organizacion social de sus habitantes.

Cuando Colon dirigia sus naves hácia la orilla de aquella isla que tan bella se le aparecia y que tanta codicia despertaba en el ánimo de sus compañeros porque los indios de Guanahani les habian indicado que en sus entrañas se encerraba mucho oro, era rey de la isla Guacanajari, valeroso guerrero á quien no sólo los indios, sino hasta los caciques de los varios departamentos en que estaba dividida la isla, profesaban amor, respeto y veneracion por la energía y la bondad de su alma, por el dominio paternal que ejercia sobre todos.

II.

Guacanajari era soberano por derecho de herencia, como descendiente de la raza sublime de soberanos que habian engendrado Vagoniana y la diosa, que para ellos, habitaba siempre bajo las cristalinas ondas del mar.

Vagoniana, segun la tradicion de Haiti, era el padre de los hombres, y durante mucho tiempo los tuvo encerrados en dos grutas ó cavernas sin que les permitiera salir á ver el sol.

Una noche envió á uno de ellos, al pescador Huacani, á la orilla del mar, pero con órden de que volviera ántes de amanecer.

Desobediente Huacani halló tantas delicias admirando los objetos que tenia en torno suyo, que permaneci6 en la orilla más tiempo del que le era permitido, pasó la noche allí, y al amanecer del dia siguiente se transform6 en rruiseñor.

III.

Apesadumbrado Vagoniana por la desaparicion de su amigo, cuyos gemidos oía por la noche, mand6 salir de las cavernas á las mujeres y á los niños de pecho, y sólo dej6 en ellas á los hombres.

Mand6 conducir á las hembras á la isla Martinino que se llam6 después Matalino, y se llev6 consigo á sus hijos.

Estos, atormentados por el hambre y la sed, exclamaron:

«Toa, toa,» lo que quiere decir: «Mamá, mamá.»

Estaban cerca de un río, y se trasformaron en ranas.

Ninguno podia vivir bajo la luz del sol.

Vagoniana era el único que podia desafiar sus rayos.

Buscando á su amigo Huacani por todas partes, descubrió en el fondo del mar una muger hermosa y se arrojó al agua para verla de cerca.

IV.

La deidad le recibió en sus brazos, ámbos libaron la copa del amor, y ella le dió unas bolas de mármol que los indios llamaron *cibas*, y unos pedacillos de nácar á los que dieron el nombre de *guaninos*.

Estos objetos fueron más tarde los atributos de los reyes, y los usaban como cosas sagradas porque habian pertenecido á Vagoniana, padre de su raza.

V.

Los hombres que permanecian en las grutas no teniendo á su lado ni á su rey, ni á sus mujeres, ni á sus hijos, se entristecieron profundamente, y para buscar consuelo se precipitaron en los abismos apenas tendió su manto la noche.

A lo léjos descubrieron unos séres que tenian la

apariencia de mujeres y que subían y bajaban á los árboles *mirabolanos*.

Aproximáronse á ellos y quisieron cogerlos, pero se les escapaban de entre las manos.

Buscaron entónces á los que tenían las manos más callosas para que pudieran aprisionarlos mejor, y estos que recibieron el nombre de *caracoles*, se apoderaron de cuatro de aquellos séres estraños, pero inútilmente porque les fué imposible con ellos continuar su raza.

IV.

Reunidos en consejo los ancianos dijeron á los jóvenes que buscasen al pájaro llamado *pico*, pájaro encarnado, amarillo, y negro, de forma preciosa, y les obedecieron.

Apenas les tocó con su pico el precioso pájaro, aquellos séres se cambiaron en mujeres que poblaron la isla de Haiti.

Tal era la tradicion de aquel pueblo. (1 A)

VII.

Las grutas en que habian permanecido los hombres hasta arrojarse al abismo, llamábanse la: una Cacibaxagua, que era la más profunda, y Amáyauna, la otra.

1 Véanse las notas al final del tomo.

Vagoniana y la deidad acuática habian engendrado la raza más pura y más fuerte de la tierra.

Sus hijos, encerrados en las dos grutas estaban vigilados por Machokael, el cual no se separaba nunca de la gran embocadura del monte Cauta.

VIII.

Pero este guardian quiso un dia saber de donde salia la luz, y sin sentir se fué alejando poco á poco del paraje donde debia estar de centinela.

Llegó la aurora é instantáneamente Machokael se convirtió en piedra.

Entónces fué cuando los hombres abandonando las dos grutas, se dispersaron por Haiti.

IX.

Guacanajari descendiente del Creador, segun los indios, llamábase rey de los reyes y señor de todo cuanto el mar bañaba con sus ondas.

Considerábanle como hemos indicado, porque habia elevado la justicia hasta su trono, porque habia inspirado el amor á la verdad, porque habia perseguido la ingratitud y la hipocresía, porque al mismo tiempo habia enseñado á los suyos á cultivar la tierra, á curar sus enfermedades, y los habia defendido contra los furores, la maldad y los atentados de sus enemigos.

Ainaima era la esposa de Guacanajari.

De ella tenía dos hijos, dos príncipes de la sangre de Vagoniana, que debían heredar su trono, los cibas y guaninos, y adornar con ellos su pecho como símbolo de su magestad.

X.

Varios caciques gobernaban bajo sus órdenes los departamentos de la isla, y cuatro de ellos, los más principales, eran reyes bajo el mando de Guacanajari.

Llamábanse Caonabo, Boechio, Guarionex y Gayacoa.

Guarionex dominaba la llanura y poseía más de sesenta leguas en el centro de la isla.

Boechio reinaba en la parte occidental en la tierra ó provincia de Xaragua, donde se encuentra el lago de Xaragua.

Gayacoa poseía el oriente de la isla hasta el arroyo de Haina en el punto en que el riachuelo Juna vá á perderse en el mar.

Este era uno de los mas poderosos caciques y sus guerreros unos de los más fuertes á causa de su vecindad con los caribes.

Caonabo poseía las montañas y una vasta estension del país, ó sea el Cibao donde se hallaban las minas de oro.

Guacanajari, rey de los reyes, dominaba en la parte Norte, en el Estado llamado Mariem, vasta estension en cuyo centro se hallaba su corte á cuatro leguas del mar.

XI.

Los departamentos principales de la isla eran Xaragua, Cibao, Higüey, Guahaba, Guacayarima, Amigayahana, Saabana, Sanica, Maguana y Cacibaxagua.

En todas ellas había tribus y en la última se albergaban los indios errantes de los departamentos impenetrables que rodeaban las montañas del Nisao.

XII.

Todos vivían en paz.

Las sepulturas de los antepasados de aquellos hombres, estaban coronadas de flores.

Sus enemigos, vencidos en varias ocasiones, no se atrevían á lanzar sus flechas contra el trono de Guacanajari.

Aquel hermoso soberano dormía tranquilo en medio de las montañas.

La luna velaba sus ensueños de amor.

Era tan feliz aquel monarca, que jamás había derramado una sola lágrima.

Sus piés hollaban siempre polvo de oro.

XIII.

Pero de pronto se oscureció durante tres días el brillante cielo en que bañaba sus miradas.

En el horizonte apareció una corona de fuego, y al volver en torno suyo los ojos, vió que todos sus vasallos, participando de su consternacion, habian acudido á su lado para que les esplicase la causa de aquel fenómeno.

¿Qué podia decirles Guacanajari, que no sabia esplicarse lo que le pasaba?

XIV.

—Orad, vírgenes,—dijo á las jóvenes indias,—orad, sacerdotes,—añadió dirigiéndose á los ancianos.

Las jóvenes se hincaron de rodillas.

El fuego de los altares, apagado de una manera sobrenatural, se negó á arder á pesar de los esfuerzos de los sacrificadores.

XV.

—¡La raza de Vagoniana está maldita!—exclamó Guacanajari.

Los adivinos temblaban.

Los guerreros arrojaban las flechas.

Todos miraban á Guacanajari como esperando de sus lábios una orden, un mandato cualquiera.

El rey arrancó de su cuello el sagrado collar, y lo arrojó al altar.

El Tzimes, divinidad de forma monstruosa que poseian los caciques y á quien consideraban como un intérprete de Dios y como un consejero, permaneció silencioso.

XVI.

Pero un doloroso gemido resonó, sin que se pudiera saber de dónde salía.

Los butios, sacerdotes que practicaban las abluciones y los ayunos, y tomaban un brevaje que les sumía en un delirio profundo, durante el cual se les aparecían infinitas visiones, no eran más felices que los demás.

Las vírgenes mesaban las trenzas de sus cabellos, y todo el pueblo haitiano derramaba abundantes lágrimas.

XVII.

Llegó la noche.

Las estrellas desaparecieron del espacio.

La luna parecía ensangrentada.

El aire abrasador.

Presa de un vértigo terrible, Guacanajari intentó acabar con su vida; pero el ángel del bien le detuvo, y diciendo á los suyos «Esperadme,» corrió precipitadamente por la llanura, subió á una de las montañas más elevadas, y aguardó allí á que amaneciese para pasar su vista por el horizonte.

XVIII.

Fijos sus ojos en el Occidente, vió dos objetos que le parecieron animales terribles que levantaban sobre

las ondas sus poderosos brazos, y se dirigian á él con aspecto amenazador.

Eran las dos carabelas de Colon, que Guacanajari veia por la primera vez.

El terror se apoderó de su alma.

Abandonó la montaña y se refugió en las espesuras del bosque Cibao.

Tantas emociones le privaron de sentido, y pasó toda la noche como si la muerte hubiera colocado sobre su frente su helado dedo.

XIX.

Al dia siguiente al abrir los ojos se vió rodeado de sus guerreros.

Los sacerdotes anunciaron el último dia de Haiti.

Los sábios murmuraron la plegaria de los muertos.

Las madres ocultaban á sus hijos en su seno, y los ancianos, postrados de hinojos, doblaban la rugosa frente.

XX.

—No, aún no me ha abandonado el valor,—exclamó Guacanajari.

Y templando la cuerda de su arco, lanzó una flecha que atravesó las nubes.

Un *aura*, ave de rapiña de negra pluma que hendía el espacio, cayó á sus piés como herida por el rayo.

XXI.

—¡Haiti!—exclamó,—el espíritu de Vagoniana me anuncia que el enemigo llega hasta aquí impelido por las ondas del mar.

Los caciques no tardaron en llegar de todas partes á reunirse con Guacanajari y prestarle todo su apoyo.

La llanura del Yaqui se inundó de indios, todos fuertes como la hacana, madera con que los indios fabricaban sus armas.

Guacanajari les habló en estos términos:

XXII.

—Paz, hijos míos; Dios lanza el rayo para anunciar la tormenta; arroja la lluvia para que nazca el fruto; entristece la luna para refrescar la brisa; imprime movimiento á todo, y es causa de cuanto pasa en el mundo; El impone la tristeza y la alegría, la ruina ó la felicidad, la vida ó la muerte; El despierta en el corazón de los reyes el ódio ó la amistad, la paz ó la guerra!

¡Que el Dios de Vagoniana ilumine vuestro corazón é inunde mi ánimo y le prepare á la clemencia. Caonabo, Boechio y Manicate, templad vuestra cólera; caciques y sacerdotes, que la paz sea con vosotros; vírgenes de Haiti, mi alma no está envenenada con el horrible ódio ó en la venganza sangrienta; enjugad

vuestras lágrimas, porque en el fondo de mi corazón reposa la paz y la esperanza: quiero hacer lo que la flor en la primavera, que exhala sus perfumes en el cielo (B).

XXIII.

En aquel momento repitieron los ecos la marcial música con que los soldados de Colon al desembarcar en tierra celebraban su triunfo.

Instantáneamente los indios que se habian quedado en la costa, corrieron precipitadamente á refugiarse detrás de los pliegues de las montañas.

Algunos de ellos se acercaron á Guacanajari.

XXIV.

—Rey de los reyes,—exclamaron,—el extranjero huella con su planta las playas de Haiti; su frente es blanca como el fruto de la ceiba; le acompañan indios de Saamoto, de Cuba y de Guanahani.

—Bien venido sea el extranjero,—respondió Guacanajari,—dispuesto estoy á recibirle.

Y mandó que algunos indios fueran en su nombre á ver á Colon para llevarle á su presencia.

Entonces fué cuando el almirante envió algunos de sus compañeros á saludarle, y los intérpretes para que le explicaran cuáles eran sus deseos al llegar á la isla.

Capítulo XII.

Una triste Noche buena.

I.

Guacanajari recibió cordialmente á los enviados de Colon, apaciguó á sus guerreros y tranquilizó á los caciques manifestándoles que los extranjeros iban animados de los mejores sentimientos hácia ellos.

Los españoles llegaron hasta su trono, y las armaduras con que cubrían su cuerpo, cuyo esplendor aumentaba los rayos del sol al reflejarse en ellas, produjeron una impresion de asombro en el soberano indio.

II.

—Saluda á los hijos del sol,—exclamaron los intérpretes de Guanahani al acercarse al trono de Guacanajari al lado de los emisarios de Colon.

El rey alzó los ojos y los fijó en los españoles.

III.

—La paz del buen espíritu os acompañe,—dijo á los extranjeros, en su nombre os ofrezco hospitalidad en mi pueblo y en el palacio de Vagoniana.

Los extranjeros á quienes desde aquel momento llamó hijos del sol besaron su frente.

Guacanajari les estrechó en sus brazos, puso á su disposición cuanto tenia y hasta les ofreció para descansar la hamaca real en donde Vagoniana habia engendrado su raza.

Sirviéronles agua fresca de coco, maiz y cazabe. (C)

Las vírgenes indias ofrecieron á los extranjeros su regazo, para que reposando sobre ellos su cabeza, durmieran en tanto que ellas con religioso silencio velaban su sueño.

IV.

—Guacanajari,—dijeron al rey los intérpretes en nombre de los huéspedes,—Colon, almirante de los reyes de Castilla y de Leon y capitán de estos hombres, han venido en su nombre á saludarte y á enviarte la paz porque eres bueno.

—Podeis decirle,—contestó Guacanajari,—que jamás la tristeza ha vivido en mi alma; que jamás el remordimiento ha proyectado su sombra sobre mi frente; que mis pueblos viven felices adorando al sol

de quien han recibido la vida y de Vagoniana que fué el primero de mi raza.

Todo cuanto tengo, todo cuanto soy se lo ofrezco. Jamás ha llegado nadie hasta mí con lágrimas en los ojos, sin que las haya enjugado.

Inmediatamente dispuso que uno de los caciques más jóvenes, con los atavíos más brillantes y con un séquito lucido, fuese á pagar la visita á Colon y á invitarle á descansar en el palacio de Guacanajari.

Púsose en marcha la comitiva y Anaibuni, que así se llamaba el cacique elegido, subió á una especie de palanquin, conducido por cuatro indios.

Unos doscientos más formaban su cohorte.

Guacanajari dispuso que no llevasen flechas para mostrar cuán amistosas eran las relaciones que quería entablar con los recién llegados.

VI.

Cuando llegó la comitiva á la orilla del mar se subieron los que la formaban en ligeras canoas para acercarse á la *Santa María*.

En aquel momento estaba el almirante comiendo en su cámara.

Supo por los intérpretes el objeto de aquella visita, salió al encuentro de Anaibuni, el cual mandó á los suyos que se quedasen en las canoas y acercándose á las carabelas y acompañado por Colon fué á la cámara, en donde se hallaban todos los jefes de la expedición española.

Solo dos ancianos que parecian sus consejeros siguieron á Anaibuni, y cuando él tomó asiento se sentaron á sus piés.

VII.

Obsequiábanle Colon y los suyos con los manjares que le servian de alimento, y no hacia otra cosa más que gustarlos dando órden en seguida de que se los enviasen á sus vasallos.

Apenas hablaba el cacique, pero trataba con la mayor consideracion y respeto á los europeos.

Terminada la comida presentó á Colon un cinturón ó tahalí maravillosamente labrado y dos piezas de oro.

Colon se apresuró á ofrecerle varias cuentas de azahar, unos borceguíes de color, un frasco de agua de azahar y le mostró además una moneda española en la que se hallaban los bustos del rey y la reina, dándole á entender el poder y grandeza de aquellos soberanos que le habian enviado hasta allí.

VIII.

Salieron todos de la cámara, y al subir á cubierta mandó Colon que desplegasen los marineros los estandartes y banderas.

En vista de aquellos objetos y de aquellos hombres que no se parecian á los de su raza, creyó Anaibuni, lo mismo que sus consejeros, que aquellos hom-

bres no podian ser sino séres descendientes del cielo, y enviados allí para derramar la felicidad en la isla.

IX.

Al anochecer, después de haberse valido de los intérpretes para manifestar á Colon los grandes deseos que el rey de los reyes, Guacanajari, señor de Haiti, y jefe de las cinco partes de la isla, tenia de conocerle, y que se honraria en extremo recibéndole en su palacio, volvió á tierra en un bote de la carabela almirante, y con la misma pompa que habia llegado, en el mismo palanquin y rodeado de sus vasallos, volvió á dar cuenta de su mision, enviando delante, con gran aparato y ceremonia, los objetos que le habia regalado el ilustre marino genovés.

X.

Aunque adornado con objetos de oro, no lo poseian en la abundancia que deseaban los españoles, y como á sus preguntas acerca del origen de aquel metal, contestaba que siguiendo el rumbo hácia dónde caminaban no tardarian en hallar más islas ricas en oro, resolvió continuar su marcha; pero no sin dejar antes en aquella costa una gran cruz, que los habitantes de las cercanías adoraron del mismo modo que la habian visto adorar á los europeos.

XI.

El 19 de Noviembre continuó su interrumpida marcha, y al día siguiente ancló en un puerto al que dió el nombre de Santo Tomás, donde está hoy la bahía de Acud.

Noticiosos los habitantes de aquella parte de la isla de la buena acogida que les habia dispensado Guacanajari, en canoas ó á nado se dirigieron á los buques llevando ofrendas de todas clases.

La generosidad de aquellos habitantes rayaba en despilfarro, porque todo cuanto tenian les parecia poco para obsequiar á los extranjeros.

En las mejores relaciones, muchos de los caciques fueron á visitar las carabelas y á rogar á Colon en nombre de Guacanajari, á que no se alejase sin ir á visitar su córte.

Uno de ellos llevó un nuevo presente de Guacanajari, al almirante.

XII.

El rey de Haiti queria á toda costa verle, y se esforzaba en festejarle, en efecto.

Enviábale otro tahalí, trabajado con cuentas de color y hueso, y una máscara formada con huesos de pescado y nácar, cuyas narices, orejas y lengua, eran de oro macizo é incrustaciones de perlas.

Aquel don era uno de los más grandes que podia hacerle.

XIII.

Con el emisario reiteró la súplica de que no se fuese Colon sin que tuviera la inmensa alegría de estrecharle en sus brazos.

Quiso el almirante acceder á sus ruegos, pero el viento que reinaba le impidió complacerle inmediatamente.

Pero le envió nuevos mensajeros para ofrecerle en su nombre que realizaria su afan.

XIV.

Los indios que le visitaron le dijeron que habia grandes tesoros del metal que tanto codiciaban en la isla, y pronunciaron el nombre de Cibao, dándole á entender que aquel era el punto que encerraba más oro.

De nuevo se despertó en el ánimo de Colon la ilusion que le habia perseguido tanto tiempo.

Imaginó que la palabra Cibao era una corrupcion de Cipango recordando una vez mas la descripcion que de ella habia hecho Marco Polo.

XV.

Colon se dió á la vela hácia la Concepcion en la mañana del 24 de Diciembre, y tomó el rumbo del Oriente con ánimo de detenerse en el puerto más próximo á la corte de Guacanajari.

El viento continuaba siendo contrario.

Sin embargo, á las once de la noche se hallaba á cosa de una legua de la residencia del rey.

XVI.

Era la Noche-Buena.

Los marineros no se olvidaban de que á aquellas horas se celebraba en su patria el aniversario del Nacimiento de Jesucristo.

Colón estaba fatigado y se retiró á descansar esperando al día siguiente realizar su deseo de hallarse frente á frente de Guacanajari.

Pero apenas se había retirado cuando el timonel que había bebido más de lo regular, desobedeciendo una de las órdenes más terminantes de su jefe confió el timón á un grumete.

Los marineros á su vez habían libado bastante; viendo que su inmediato jefe dormía, se creyeron con derecho á dormir, y toda la tripulación de la *Santa María* no tardó en entregarse al más profundo sueño.

XVII.

Las traidoras corrientes de aquellas costas arrebataron con rapidéz el buque hácia un banco de arena.

El grumete al ver el agua que hervía en torno del bajel comenzó á dar gritos.

—¡Socorro!.. ¡socorro!—exclamó despavorido.

El almirante fué el primero en subir á cubierta y

no tardaron en seguirle el timonel y los demás que desobedeciendo sus órdenes se habían dormido.

El momento era difícil.

No se trataba entonces de castigar á los culpables sino de vencer las dificultades, salvar la embarcacion del peligro que corria.

XVIII.

—Echad un bote al agua,—dijo Colon,—levad al ancla fuera de la popa y procurad de este modo sacar del banco al buque.

Obedecieron inmediatamente, pero estaban al Occidente y en vez de cumplir las últimas órdenes de Colon, se dirigieron á fuerza de remo hácia la otra carabela que se hallaba como á una media legua al barlovento.

Participaron á sus camaradas el peligro que corria el navío almirante y Yañez Pinzon mandó inmediatamente echar al agua los botes, y con algunos de los suyos acudió en socorro del almirante llegando demasiado tarde, porque la violenta corriente había encallado el buque en el banco de arena.

XIX.

¡Qué momentos aquellos tan crueles para Colon! Entonces más que nunca necesitaba vivir, y la muerte se cernía en el espacio sobre su cabeza!

Pero valeroso hasta el último extremo al ver que

el buque estaba de través en medio de la corriente y que se iba llenando de agua, lo mandó desarbolar para ver si aligerándole de peso le ponía á flote.

XX.

Todos sus esfuerzos fueron inútiles.

La quilla se habia sepultado en la arena, al chocar se habia abierto el casco en varias partes y las olas le azotaban enterrándole más y más en aquel lecho de muerte.

La Providencia, sin embargo, velaba por él porque la mar continuaba en calma.

De lo contrario la carabela se hubiera sepultado para siempre en la arena y los marineros hubieran perecido arrastrados por la corriente.

XXI.

Comenzaba á amanecer y precisamente Guacana-jari, que habia sabido la proximidad de las dos carabelas, habia tomado sus disposiciones para ir al encuentro del almirante.

Iba en su palanquin con la mayor pompa cuando los suyos le anunciaron el peligro que corrian los extranjeros.

Bajándose de su palanquin corrió á la orilla llegando al mismo tiempo que el almirante y la tripulacion se refugiaban en la *Niña*.

XXII.

Guacanajari profundamente conmovido mandó llamar á todo su pueblo para que socorriera á los naufragos y obligándolos á arrojar al mar para arrancar á las olas todos los objetos que el agua arrastraba para precipitarlos en el abismo.

Aunque no se entendian fácilmente podian comprender uno y otro la emocion de que se hallaban poseidos.

XXIII.

La fisonomía de Guacanajari presentaba el más profundo sentimiento y la más generosa bondad.

Colon que agradecía aquellas muestras de benevolencia comprendió desde luego que no era el papel del víctima el que mejor le sentaba en aquel momento.

Y sin embargo, á los ojos de aquellos hombres podia perder todo el prestigio que habia alcanzado cuando le consideraban como enviado del cielo, razon por la cual encargó mucho á los suyos que no mostraran pena por lo que les pasaba.

Estrechando la mano de Guacanajari con faz risueña hizo á los intérpretes que manifestaran que lo que habia sucedido no habia pasado más que para probar los sentimientos de su alma.

XXIV.

—Y en prueba de ello,—añadió,—vais á ver cuán grande es mi poder en el mar y en la tierra.

Y dando orden á los de la *Niña* para que dispararan las lombardas inundó de pavor á los indios que llenaban la playa.

Parecíales á todos un volcan que estallaba.

El rugido terrible de aquel volcan resonó en el cielo y en la tierra.

Y las palmeras que erguian su frente hasta las nubes cayeron en presencia de Guacanajari.

Hasta el mismo rey tuvo miedo.

Sus guerreros atemorizados cayeron en tierra y ocultaron en la arena su rostro.

Las mujeres corrieron con sus niños á guarecerse en las montañas en el seno de las más profundas cavernas.

XXV.

—¡Hijo del cielo!—exclamó Guacanajari,—ya veo que eres todo poderoso, detén la furia del mónstruo que arroja la lláma y rompe tan fácilmente lo más duro, lo más fuerte de la tierra. Todos mis tesoros son tuyos, todo mi pueblo será tu esclavo! Hijo del sol, tu que tienes en tu mano el rayo y el esterminio sé amigo mio, ábreme tu corazón.

XXVI.

Informado Colon del sentido de aquellas palabras, abriéndole los brazos:

—Si, soy tu amigo, yo te lo ofrezco ante la faz de Dios. Jamás te faltará mi amistad,—exclamó.

La alegría renació de nuevo en el alma de Guacanajari.

Lanzó su flecha al aire, signo para que acudieran los suyos á su lado, y desde las montañas, desde los bosques, desde las llanuras, los caciques y los guerreros, las mujeres y sus hijos, los sacerdotes y los ancianos se agruparon en torno de Guacanajari.

—El extranjero,—exclamó,—es hijo del cielo azul, es grande, es poderoso. Acatadle porque nos brinda su amistad.

Todos se inclinaron ante Colon.

XXVII.

¿Qué extraño es que Colon al describir aquella escena, dijese á los reyes: «tan amorosos, tan tratables y pacíficos son estos indios, que no hay en el mundo todo ni mejor país, ni mejores gentes. Aman á sus prójimos como se aman á sí mismos; siempre son sus palabras humildes y afables, acompañadas de una sonrisa, y sus modales son decorosos y dignos de aprecio.»

Guacanajari se retiró con los suyos, hospedando á muchos de los tripulantes de la *Santa María* en las mejores casas de su córte.

Dos dias después, fué á visitar á Colon á bordo de la *Niña*.

Capítulo XIII.

El Eden.

I.

Colon estaba triste.

El naufragio de la *Santa María* era una pérdida irreparable.

Esto, unido á la desercion de Pinzon, habia abatido su espiritu.

Ocultaba á los suyos su desaliento, desaliento grande porque aunque habia realizado más aún de lo que le habian prometido sus sueños, aunque todos los indicios demostraban que al fin habia llegado al gérme de las riquezas que ambicionaban, viéndose con una sóla embarcacion para volver á España, temia, ó que su descubrimiento quedase oculto para siempre por efecto de un nuevo contratiempo en el mar, ó que

si llegaba á saberse por los Reyes Católicos, toda la gloria de él recayese en Pinzon.

II.

Los españoles maravillados de cuanto veían en torno suyo, y ávidos de aumentar el tesoro que iban formando con los objetos preciosos que recibían de los indios, apenas fijaban sus ojos en el almirante, ni tenían tiempo, alucinados por el presente, en pensar en su porvenir.

Pero Guacanajari, dotado de una gran penetración y de un alma en extremo generosa, observando á Colón con más curiosidad todavía que la que inspiraba su estraña figura á los europeos, notó la profunda tristeza que se había apoderado de su ánimo, y llegó á cobrarle un afecto tan sincero, tan grande que su mayor deseo era calmar su pena, y todo cuanto tenía le parecía poco para agasajarle, manifestándole con sus agasajos la emoción, el interés que le inspiraba su tristeza; el afán que tenía de calmarla.

III.

La abundancia de oro que al poco tiempo de sus relaciones con Guacanajari vió Colón á bordo de la *Niña*, desahogó un tanto su pecho y animó su abatido espíritu.

En cambio..... mentira parece; pero es una verdad, y como tal, debemos consignarla: de todos los

objetos que habían llevado los españoles para trocarlos por oro con los indios, los que más agradaban á aquellas gentes, eran los cascabeles.

IV.

Alegres y dichosos, el baile constituía uno de sus mayores placeres.

Con los cascabeles en la mano se agitaban bailando sus danzas populares, y el ruido que producían los entusiasmaba.

Materialmente perseguían á los marineros españoles y les ofrecían oro por aquellos primitivos instrumentos de música.

Después de poseer un solo cascabel, se creía tan dichoso aquel indio, que hasta uno de ellos, después de haber dado un puñado de polvos de oro á un marinero por un cascabel, apenas le tuvo en su poder, como le consideraba una rica joya, partió á refugiarse en los bosques, volviendo la cabeza con frecuencia, temeroso de que el español que había hecho el negocio con él, se volviese atrás y le despojase de aquella alhaja.

V.

Hallábase Guacanajari á bordo de la *Niña* cuando vinieron á contar á Colón este suceso, y al notar el efecto que producía la noticia en su alma, deseó saber cuál era la causa de su alegría, porque su único afán era verle feliz y dichoso.

Los intérpretes satisficieron su curiosidad, y Guacanjari aseguró á Colon, por señas, que no léjos del sitio dónde estaban habia entre las montañas un paraje donde existia tanto oro, que los naturales del país no le daban valor.

Y aún hizo más: le ofreció darle de aquel metal cuanto quisiera.

Tambien aquella vez pronunció el nombre de Cibao, y Colon volvió á confundirle con Cipango.

VI.

Viendo más animado al almirante, animóse tambien Guacanjari; comió á bordo con él, y le invitó á que le acompañase á visitar su residencia al día siguiente.

Al volver Guacanjari á su córte, la alegría brillaba en sus ojos.

Ainaima, la esposa de Guacanjari, participaba de sus sentimientos, y una y otro dispusieron al día siguiente para Colon y los suyos una abundante comida de utias, peces y varios frutos de la isla.

VII.

Terminado el banquete, condujo Guacanjari al almirante á pasear bajo las frondosas arboledas que circunian su morada, y los indios que iban en torno suyo, bajo los elevados y hermosos árboles, ejecutaron para alegrar al almirante, juegos y danzas vistosisi-

mas, poniendo en relieve la gracia de sus movimientos, dando una idea á los europeos de lo que más tarde, en nuestro siglo, habia de constituir uno de los bailes más en boga: la melancólica é insinuante danza americana.

VIII.

Colon, que deseaba aprovechar todas las ocasiones para consolidar la idea de grandeza que habia inspirado desde el principio á los indios, queriendo que á su vez los españoles mostrasen nuevamente su poder á los súbditos de Guacanjari, mandó llamar á un castellano que habia servido en las guerras de Granada y era un diestro flechero, y pidió un arco y una aljaba moriscos, para que pusiese en evidencia su destreza.

IX.

El asombro de los indios fué grande al ver que con más seguridad que ellos todavía, lanzaba la flecha el castellano.

Ya habian oido los disparos de las lombardas, y esto les habia aterrorizado.

Colon dispuso que algunos de los suyos disparasen los arcabuces, y los tiros y la precision de la puntería de los españoles, inundaron de nuevo de un terrible pavor á los indios.

El mismo Guacanjari se estremeciò.

X.

—No temais,—les dijo Colon por medio de un intérprete.—Sólo he querido mostraros el poder que los míos pueden ofreceros, la protección que pueden dispensaros contra vuestros enemigos. Ya veis que ante el fuego de nuestras armas se tronchan los más fuertes árboles: del mismo modo caerán los que atenten contra vuestra independencia.

Una sólo palabra resonó en los lábios de los indios.

XI.

—*Turcy, turcy*,—exclamaron,—lo que quería decir que aquellos hombres, que aquellas armas y su inmenso poder, provenían del cielo.

Guacanajari que no había olvidado la afición al oro de Colon, puso en su cuello una especie de collar formado con láminas de oro, y repartió varios objetos de este mismo metal entre los que acompañaban al almirante.

XII.

Al anochecer volvió Colon, como acostumbraba, á bordo de la *Niña*, en tanto que los indios se entregaban á las mayores muestras de alegría, porque ya no tenían duda alguna: el cielo había enviado aquellos hombres para protegerlos, para aumentar su felicidad.

XIII.

El bondadoso trato de Guacanajari, la afabilidad de los indios, las abrasadoras y cariñosas miradas con que las indias pagaban los insignificantes objetos que recibían de los europeos, la virgen y fecunda naturaleza, el espectáculo de la vida indolente y feliz de aquellos seres que vivían apartados de la civilización, en una palabra, todo lo que veían, todo lo que les rodeaba, había despertado en la mayor parte de los compañeros de Colon un vivo deseo de no abandonar nunca aquel Eden.

XIV.

Natural era que esto sucediese, porque todos los sueños de la fantasía, todas las delicias del Paraíso que se pueden imaginar los mortales, las hallaban allí.

En presencia de aquellas maravillas, fácilmente se comprende que hasta los mismos que se hallaban ligados á la madre patria por los lazos del cariño ó del deber, rompiesen estos vínculos.

XV.

¡Ah! si esto sucedía á los que habían formado parte de la expedición como voluntarios, cuánto no desearían permanecer en aquellas comarcas los que habían salido de los calabozos ó de las galeras buscando

un subterfugio para librarse de la reclusion perpétua ó de la muerte próxima que les aguardaba como expiacion á su crimen!

XVI.

Estos veian allí la vida, una vida exhuberante, feliz, llena de goces; y en España, pasado algun tiempo, si no alcanzaban el perdon, el calabozo de donde habian salido, la horca cuya fatal influencia habian aplazado.

Los que no se encontraban en su caso comparaban su vida azarosa, llena de trabajos y de inquietudes, la triste necesidad de ganar el pan con el sudor de su frente, las agonías de un porvenir incierto, el peso del cumplimiento de sus deberes para con la familia, con aquella libertad, con aquellas riquezas, con aquellas emociones, con aquellos placeres que les sonreian á unós y otros y, ¡cosa estraña! comenzaban á sentir vivos deseos de quedarse en aquella isla sin que la voz de la pátria hallase eso en su adormecido corazon.

XVII.

Ninguno de ellos se atrevia á comunicar al otro sus deseos, pero no cesaban de prorrumpir en exclamaciones.

—¡Qué lástima tener que abandonar este país!

—Cómo echaremos de menos en España lo que aquí dejamos!

—Después de ver esto, ¿quién no desea pasar aquí toda su vida?

XVIII.

Estas frases eran indicio de sus sentimientos.

Al fin y al cabo no pudieron menos de comunicarse unos con otros y resolvieron manifestar á Colon sus deseos.

Hasta los mismos Quintero y Rascon, que tanto habian sentido abandonar al puerto de Palos y confiar su carabela á Colon, hasta aquellos mismos hombres que en los comienzos de la expedicion habian hecho lo posible para volverse á tierra, lamentaban profundamente la resolucion que el almirante les habia manifestado ya, de regresar á España.

En cuanto á Alonso Velez de Mendoza estaba completamente resuelto á no partir.

Se habia unido cediendo á la presion de las circunstancias con Isabel Monteagudo, la temia más que á su propia conciencia y preferia mil veces la muerte á vivir á su lado.

XIX.

Identificados unos con otros, deseosos en su mayor parte de renunciar á la gloria que les esperaba en su pátria como conquistadores de un nuevo mundo, prefiriendo á estos laureles las comodidades, los goces que allí tan á la mano tenian, resolvieron hablar á Colon.

Pedro Gutierrez hizo uso de la palabra en aquella solemne situacion.

XXX.

—'Todos,—dijo á Colon,—nos consideramos felices viviendo en esta tierra hospitalaria. Cuanto nos rodea basta para satisfacer nuestras necesidades y nuestros goces.

Los indios nos veneran, nos aman, serán nuestros esclavos; nos brindarán toda clase de placeres y por otra parte la *Pinta* ha debido perderse puesto que nada hemos salido de ella ni de sus tripulantes.

La *Santa Maria* está deshecha; ¿cómo hemos de volver á España en una embarcacion tan frágil como la *Niña*? Pensadlo bien, almirante, nuestro deseo es quedarnos aquí siempre.

Dios sabe allí la suerte que nos aguarda; aquí ya lo habeis visto, podemos ser los más felices de los mortales.

—Y la pátria?—exclamó Colon,—¿habeis olvidado por ventura que allí nos esperan los reyes que no nos han enviado á que disfrutemos aquí de los beneficios que hemos hallado, sino á conquistarles tierras ricas y fértiles? Y vuestros padres, y vuestros hijos, y vuestras esposas, y vuestros hermanos que piensan en vosotros, que en sus oraciones piden al Supremo Hacedor que se apiade de vosotros y que al ver que no tienen noticias vuestras viertan sin duda abundantes lágrimas?

¿No creis que será mucho mejor volver á conquis-

tar la gloria que allí nos espera, á estrechar en nuestros brazos á los seres queridos de nuestro corazón, que permanecer aquí entregados á la molicie?

De ningún modo; es necesario que volvamos á cumplir nuestros deberes.

XXI.

Pero al mismo tiempo que se espresaba en estos términos cruzó una idea por su mente.

El amistoso y pacífico carácter de los indios, el amor que habían despertado en su rey inspiró á Colón el pensamiento de crear en aquella isla la primera colonia española.

XXII.

—Vuestra voluntad.—dijo Pedro Gutierrez al oír la respuesta de Colón,—es para nosotros una ley que nos complacemos en acatar. Pero pensad que si abandonamos esta isla tal vez cuando volvamos á ella, ó vuelvan otros, hayamos perdido todo lo que hemos ganado.

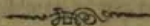
—No partiremos todos. Algunos de vosotros os quedareis aquí,—dijo Colón.—Con los restos de la *Santa María* construiremos un fuerte; en él os alojareis; los cañones del navío os servirán para defenderos; os dejaré municiones y provisiones lo menos para un año, y mientras yo regreso á España con la mayor parte de vosotros, podrán los que se queden aquí explorar la isla, reconocer sus minas, adquirir grandes

cantidades de oro, aprender el idioma de los indios, familiarizarse con sus costumbres y ser útiles de este modo á las nuevas expediciones que vengan; aquí porque no habeis de olvidar que he tomado posesion de estas tierras en nombre de los reyes, que ya son suyas, y que á vosotros toca defenderlas.

XXII.

A partir de aquel momento no pensó más que en realizar su idea.

Aquello era una transaccion con los deseos de los que le acompañaban, y comprendiendo que algunos debian sacrificar sus comodidades en aras del deber, se propuso buscar un medio equitativo para designar á los que habian de quedarse en la isla.



Capítulo XIV.

Fascinacion de Guacanajari.

I.

Dispuso Colon con gran alegría que los suyos construyeran una especie de fortaleza en una altura que dominaba al mismo tiempo que el mar la isla y mandó á los marineros que deshiciesen el casco de la *Santa María* y llevaran la madera á la costa para construir con ella el castillo donde debian guarecerse los españoles.

II.

Al informarse Guacanajari de los designios de Colon, al saber por los intérpretes que se proponia dejar á algunos españoles para defender á sus vasallos de las invasiones de los caribes, sus mas mortales enemigos, su júbilo fué inmenso.

Los indios manifestaron igual satisfaccion, porque conservar á su lado aquellos hombres extraordinarios, y tener la seguridad de que no tardaria en volver su jefe con nuevos guerreros y con navios cargados de cascabeles y otras preciosidades, era para ellos la suprema felicidad.

Guacanajari dispuso que los indios ayudaran á los españoles á desarmar el casco del navio, y ellos se apresuraron á obedecerle con un celo inconcebible.

Los infelices ignoraban que labraban el yugo de una perpétua esclavitud.

III.

En tanto que se edificaba el castillo, Guacanajari no cesaba de ver al almirante y de prodigarle las mayores muestras de su adhesion y de su afecto.

Para alojarle, mandó adornar la mejor casa del pueblo, dispuso que cubrieran el suelo con hojas de palma y amuebló la habitacion con bancos de una madera negra y brillante que parecia azabache.

IV.

Como si estos agasajos no fueran suficientes, siempre que Guacanajari se hallaba en presencia de Colon, le consideraba como un soberano suyo, y ponía en su cuello alguna joya de oro, no despidiéndose de él sin hacerle algun regalo de valor.

Tantas deferencias, tantos obsequios, no pudieron

ménos de despertar en la mente de Colon la idea de que su naufragio habia sido un suceso providencial, porque sin él no se habria detenido en la isla, ni habria tenido noticia de las riquezas que encerraba.

V.

Tal vez, como ya he dicho antes, habria conquistado otras regiones de la América; tal vez lo que consideraba como un premio, podia ser en cierto modo un castigo, puesto que en aquella que le parecia un tesoro, una conquista, un triunfo, fué dónde más tarde llegó su alma á sufrir tormentos como no los habia sufrido ni durante sus largas pretensiones, ni en los instantes más desgraciados de su vida.

VI.

Pero Colon queria creer que era una dicha su detencion en Haiti, y para convencerse más y más de que no se engañaba, invocaba al hablar á los suyos de su creencia, la circunstancia de haber naufragado mientras estaba en calma el mar, y después de haber dado orden para levar el ancla por la popa.

Iba más léjos todavía.

Pensaba que mientras iba á España á dar cuenta de su viaje, aquellos de los suyos que se quedasen en la isla reunieran en el castillo grandes cantidades de

oro, lo suficiente para que en ménos de tres años pudieran los reyes realizar su pensamiento de siempre: la cruzada para la reconquista del Santo Sepulcro.

VII.

Tal maña y tanta prisa se dieron los españoles y los indios para la fabricacion de la fortaleza, que á los pocos dias, aunque tosca en la forma, se irguió airosa sobre las rocas que le servian de pedestal, rocas que parecian puestas allí para que dominase á un tiempo mar y tierra.

Terminada ya, quiso Colon, al mismo tiempo que dar gracias al cielo, ofrecer á los indios el solemne espectáculo del culto católico.

VIII.

Habia pensado, desde luégo, dejar á los que se quedaran en ella, una imágen de la Concepcion, esculpida en madera, que llevaba en su camarote, y cuando ya se dieron por terminadas las obras, mandó formar un altar delante de la fortaleza, y puso en él, bajo un dosel, la bellisima imágen de la Virgen.

IX.

Guacanajari y sus caciques fueron invitados á la ceremonia.

Con ellos acudieron multitud de indios de todas

partes, los cuales, á alguna distancia, observaron con la mayor atención las ceremonias que hacian los españoles.

La imágen de la Vírgen se destacaba sobre el dosel.

En torno del altar, vestidos con sus mejores trages, se colocaron unos cuantos españoles haciendo la guardia de honor.

Los demás se formaron en dos filas, dejando á Colon, á Guacanajari y á los caciques espacio para que se acercaran hasta el altar.

X.

En el momento en que llegó Colon, se prosternó ante la imágen.

Sus compañeros le imitaron, y los indios hicieron lo mismo con las mayores muestras de emocion.

No les acompañaba ningún sacerdote, y no pudieron celebrar el sacrificio de la misa.

Pero todos á una, entonaron la salve, en tanto que Guacanajari fijó los ojos en la Vírgen, cuya espresion era, en efecto, de una pureza sobrenatural.

XI.

Habia terminado ya la salve.

Todos se habian levantado, y Guacanajari permanecía aun de rodillas, sin separar sus ojos un instante de la Vírgen y sin atreverse á mirarla.

Estaba en un momento de éxtasis.

No podia explicarse lo que le pasaba.

Una emocion inmensa llenaba todo su sér.

La música marcial de los españoles le sacó de su abstraccion.

Los españoles llevaron en procesion la imágen á la fortaleza, y concluyeron de pasar el dia, celebrando con un banquete la terminacion de las obras.

XII.

Guacanajari se despidió de Colon, y el almirante notó en su rostro una nube de tristeza.

¿Qué podia ser aquello?

Al pasar rodeado de sus caciques por delante de los indios, éstos observaron tambien que padecia.

En la existencia de aquel rey de los reyes se habia obrado un gran cambio.

Los que estaban acostumbrados á leer en sus ojos la bondad, descubrian la desesperacion y el dolor.

¿Qué habia pasado?

XIII.

Su maravilloso cambio, la emocion que experimentaba era hija de una fascinacion estraña.

Guacanajari habia sentido al contemplar aquel ideal de la belleza—que un escultor inspirado por el sentimiento religioso habia producido—una sensacion que no podia explicarse.

XIV.

Un amor puro, entusiasta, vehemente, habia llenado su alma.

Aquella imágen era superior á la idea más grande de la belleza que habia podido figurarse su imaginacion.

No comprendia, no podia comprender lo que era, ni lo que representaba.

Habia visto un objeto que le habia fascinado por completo, que le habia arrebatado, que le habia inspirado una adoracion sin límites.

Y, sin embargo, amaba á Ainaima, la madre de sus hijos; á Ainaima, su cariñosa compañera, el alma de su alma.

XV.

—No, no hay duda,—se decia Guacanajari,—el espíritu del mal se ha apoderado de mí. ¿Porqué habré amado á Ainaima? ¿Porqué habrá gozado mi corazon al recibir de sus manos los hijos que nos ha dado el cielo?

Apenas se separó de Colon, se dirigió á su morada, y mandó á todos que le dejasen sólo.

Parecia mentira que sufriese el que tenia á su lado á los enviados del cielo, á los que debian defenderle de las invasiones de los caribes, á los que representaban á sus ojos la Providencia!

Y sin embargo, el sufrimiento le hacia desear la soledad.

XVI.

Léjos de todo el mundo, recostado sobre las hojas de palma que se estendian en el suelo de su habitacion, trató en vano de alejar de su vista la vision que le perseguia.

Ainaima observó su dolor.

Con paso imperceptible para no distraerle, llegó hasta él, le contempló con interés, se sentó á su lado, quiso adivinar en sus miradas los sentimientos que luchaban en su corazon, y sólo consiguió participar de su amargura.

XVII.

El resto del dia, toda la noche, la mañana siguiente, trascurrieron para Guacanajari sin que pudiera cerrar los ojos, sin que Ainaima se apartase de su lado.

Pero oid al espíritu de Guacanajari contando la impresion que habia producido en él la imágen y explicando á su modo la adoracion que le habian inspirado, porque la tomó desde luégo como un sér humano.

XVIII.

«Habia oido—decia—una armonía celeste, más dulce que el gemido del raiseñor y los cantos de las vírgenes de Haiti.

»Todos estaban arrodillados y mi pueblo bendecía igualmente al Dios de los guerreros.

»Sobre el altar habia una mujer más hermosa que el sol y que la luna.

»Sus ojos eran ardientes como la llama divina, y dulces como los de la paloma.

»Su frente era serena como el cielo al medio dia, pura como un lago sin fondo.

»Su boca era sonrosada como la flor del mamej.

»Sus dientes blancos como la espuma del mar.

»Sus cabellos negros como el ébano, caían formando trenzas hasta su cuello.

»Su figura era esbelta como la palmera.

»Sus manos blancas como las flores del espino.

»Al verla mi corazón se conmovió y la bendije.

»Fijé mis ojos en los suyos; su mirada era dulce, expresiva, amorosa.

»Al separarme de ella venia conmigo.

»Al cerrar los ojos para no verla la veía más y más.

»Durante las horas de insomnio y de lucha pasaba ante mí como las nubes por la cima de las elevadas montañas.

»Mi alma estaba ya triste para siempre.

»Presintiendo que iba á ser víctima de la fatalidad, maldecia hasta el primer instante feliz de mi vida, el instante del nacimiento de mis hijos.

»El aire me sofocaba y una inquietud terrible llenaba mi mente.

»Ah! desde entónces aborrecí la luz; el silencio, la soledad eran mis compañeros.

»La noche perdió su calma para mí; el cielo no me sonrió y hasta las flores perdieron su color, su aroma.

»Una lúgubre melancolía abrió su sepulcro en mi corazón.

»No deseaba oír más que el gemido del pájaro agorero, el monótono ruido del torrente y porque deseaba la muerte fui á refugiarme en la caverna de Cazibaxagua.» (D)

XIX.

Presa de esta inquietud, de esta angustia, en vano le preguntaba Ainaima cuál era la causa de su martirio.

Guacanajari dejaba sin respuesta sus preguntas.

¡Inconcebible amor el de Guacanajari!

Pero como el aroma de las flores que bordaban los plateados arroyuelos, tenía, sin embargo, toda la intensidad de una pasión.

En sus horas de insomnio la veía, cuando cediendo al cansancio cerraba los ojos se le aparecía en sueños y hasta le hablaba en su propio idioma y hasta le prometía tesoros de amor.

XX.

¡Pobre loco!

El rey amante de sus vasallos; el padre tierno y

amoroso de aquellas tribus; el hombre feliz, habia perdido la tranquilidad, era el más desgraciado de los mortales, habia abandonado á sus hijos, comprendia que al abrigar en su corazon aquel amor cometia un delito, y desesperado sólo ansiaba la muerte.

XXI.

Pocos dias después del en que se celebró la ceremonia, su rostro estaba mustio como las hojas de los árboles que arrebatara el viento del otoño en su carrera.

Buscando el olvido, apenas tendia su manto la noche, abandonaba su morada, recorria los valles, los bosques, trepaba á las colinas, y en todas partes le perseguia la vision.

XXII.

—¿Por qué, por qué;—exclamaba,—no me arrebató de su lado, en el momento en que la veía por la primera vez, el ángel de la muerte para llevarme al sepulcro.

La única esperanza que le quedaba era la de poseer á cualquier precio aquella imágen y calmar su ansiedad contemplándola.

La fiebre puso á Guacanajari á las puertas de la muerte.